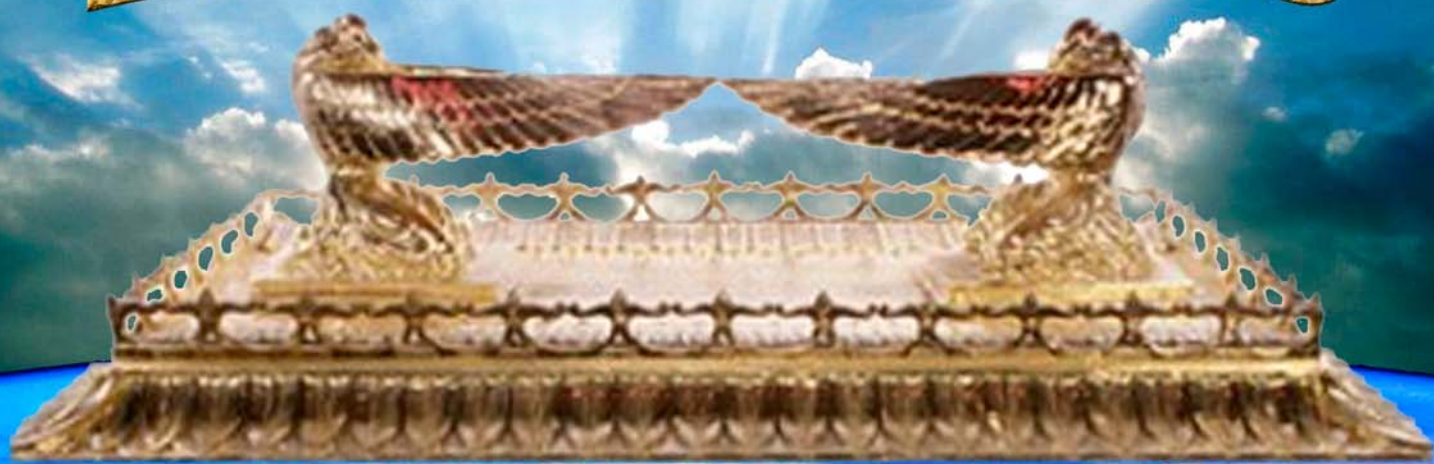


El Santuario



Celestial

Pr. Joaquín Yebra.

Madrid, Septiembre de 2008.

**COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER
DE LA VILLA DE VALLECAS (MADRID)**

CONTENIDO:

INTRODUCCIÓN:	1
SIN DERRAMAMIENTO DE SANGRE NO HAY REMISIÓN DE PECADOS.	4
LA DISPOSICIÓN DEL SANTUARIO TERRENAL	7
LA EXISTENCIA OBJETIVA DEL SANTUARIO CELESTIAL.	18
EL MISTERIO DE MELQUISEDEC.	27
LA CORRESPONDENCIA ENTRE LOS SANTUARIOS TERRENAL Y CELESTIAL.....	45
EL SANTUARIO CELESTIAL EN EL LIBRO DE APOCALIPSIS Y SU RELACIÓN CON LA EPÍSTOLA A LOS HEBREOS.....	51
RECAPITULACIÓN:.....	54
CONCLUSIÓN:.....	58
BIBLIOGRAFÍA:.....	62

INTRODUCCIÓN:

Generalmente nos encontramos con reacciones de sorpresa cuando mencionamos el Santuario Celestial.¹ Muchos hermanos reconocen no haber oído jamás un sermón o estudio bíblico sobre este tema. De ahí que sean pocos los cristianos que puedan responder con las Sagradas Escrituras en la mano respecto al ministerio presente de nuestro Señor y Salvador Jesucristo en los Cielos.

Creemos que sería muy oportuno escuchar a los niños de nuestras Escuelas Dominicales respecto al tema que nos ocupa, y seguramente a todo lo demás, cuando preguntan a sus maestras y maestros -al menos los niños sí lo hacen- acerca de dónde está nuestro Señor Jesucristo en estos momentos. La respuesta estereotipada es “*en el Cielo*”, la cual es correcta, pero habitualmente ahí termina el asunto, sin más explicaciones.

Nuestro propósito en este estudio es penetrar en las Sagradas Escrituras hasta donde somos capaces, para encontrarnos con lo que en ellas se nos revela respecto a la presencia y el ministerio de Jesucristo glorificado en el Santuario Celestial como Sumo Sacerdote de nuestra fe; doctrina en absoluto novedosa, sino, más bien relegada u olvidada, como tantas otras verdades reveladas en la Palabra de Dios.

Han pasado dos milenios desde la resurrección de Jesucristo de entre los muertos y su ascensión gloriosa a la presencia del Padre Eterno, de quien vino, y he conocido a creyentes fieles y sinceros que se han preguntado, y han compartido conmigo su inquietud, respecto a si nuestro Señor se habría olvidado de nosotros.

Por otra parte, entre los incrédulos hemos escuchado las preguntas en tono de burla que ya circulaban en los días en que fuera redactado el Nuevo Testamento, como da testimonio de ello el propio apóstol Pedro:

2ª Pedro 3:1-10: “Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles; sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas, oh amados, no

¹ **Yebra, Joaquín, “La Esperanza Bienaventurada”, Sección Publicaciones, www.ebenezer-es.org**

ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con todos, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.”

A tal efecto, vamos a comenzar por aproximarnos a la Biblia para ver cómo Dios nos posibilita la salvación eterna a los pecadores. Este es, sin duda, el punto principal de cuanto podamos decir.

El estudio de las religiones comparadas nos permitirá hallar muchas semejanzas entre el cristianismo y la mayoría de los sistemas religioso-filosóficos de la tierra, pero hay algo absolutamente único en el mensaje y en la experiencia de las Sagradas Escrituras judeo-cristianas, y es que el mensaje de la Biblia no ofrece *salvación*, en el sentido abstracto de la palabra, sino un Salvador:

Juan 14:6: “Jesús le dijo (a Tomás): Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

En estas palabras de nuestro Señor Jesucristo no hay ninguna referencia a sistema religioso cualesquiera, ni a determinados ritos o sacramentos que puedan ofrecer el camino de la verdadera vida que conduce al Padre Eterno —ni siquiera la mínima expresión doctrinal de los credos a base de abstracciones, a los que estamos tristemente acostumbrados, y que tantos derramamientos de sangre han producido en manos de hombres sanguinarios en el curso de la historia- sino exclusivamente a la bendita Persona del Salvador.

Mientras que en las religiones del mundo se presenta la verdad como algo abstracto y filosófico, las Sagradas Escrituras dan testimonio del Salvador como Persona, lejos de los dogmatismos que el propio Señor Jesucristo sufrió en sus carnes, y ello no de parte de incrédulos o ateos, sino de religiosos intransigentes y dogmáticos, defensores del sistema que representaba su modo de vida y el mantenimiento de su afán por el poder de dominación.

Juan 11:25-26: “Le dijo Jesús (a Marta, hermana de María y Lázaro): Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”

En el curso de nuestro estudio veremos que el Santuario Celestial, en el cual nuestro Señor Jesucristo ministra en nuestro lugar, es el magnífico original del que el Señor mostró un modelo en el monte a su siervo Moisés. El Eterno ungió con su Santo Espíritu a los constructores del Santuario Terrenal para que aquella edificación mostrara un reflejo de la sabiduría divina. Por eso es que sus paredes daban la apariencia de ser de oro macizo al reflejar en todas las direcciones el resplandor de la luz de las siete lámparas del candelabro. Del mismo modo, el altar y la mesa de los panes de la proposición mostraban este aspecto glorioso. Las cortinas, con sus tonalidades de azul, púrpura y escarlata, aportaban el aspecto de los cielos visibles en las diversas horas del día, desde la alborada hasta el crepúsculo vespertino. Y detrás del segundo velo se hallaba la *Shejiná* o resplandor de la gloria de la presencia de Dios, donde solamente el Sumo Sacerdote podía penetrar en el Gran Día de la Expiación.

Creemos que la doctrina del Santuario Celestial aporta el inmenso gozo de saber que mientras el Santo Consolador, el Espíritu Santo de la promesa, actúa en esta tierra y en nuestros corazones, nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo no está inactivo y ocioso en los Cielos, sino que trabaja en el Santuario que levantó el propio Dios, y no las manos del hombre, llevando la obra de la redención que realizó en la tierra sobre la Cruz del Gólgota, hasta su culminación en el Santuario del Tabernáculo Celestial, donde se halla el trono de Dios y del Cordero. De allí habrá de venir con poder y gran gloria en el día señalado como su Segundo Adviento para juzgar a los vivos y a los muertos, y establecer su Reino eterno.

En este trabajo tomamos todas las citas bíblicas de la Versión de Casiodoro de Reyna y Cipriano de Valera, Revisión de 1960. Reiteramos varios de los pasajes por contemplarlos

desde diferentes perspectivas y contextos. Sugerimos cotejar los textos bíblicos con otras versiones de las Sagradas Escrituras, como, por ejemplo, la *Biblia Peshitta*, traducción de los antiguos manuscritos arameos, publicada por Broadman & Colman Publishing Group, Nashville, Tennessee, USA, en el año 2000; y el *Nuevo Testamento de la Biblia Textual*, publicado por la Sociedad Bíblica Iberoamericana, impresa en Barcelona, España, en el 2001.

SIN DERRAMAMIENTO DE SANGRE NO HAY REMISIÓN DE PECADOS.

La declaración de las Escrituras respecto a la remisión del pecado de los humanos es absolutamente rotunda y contundente:

Hebreos 9:22: “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión.”

Efectivamente, así lo reveló nuestro Señor a Moisés, según **Levítico 17:11:**

“Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.”

Jesús de Nazaret es el Salvador del mundo por cuanto pagó el precio de la redención de los humanos, y lo hizo, en conformidad con la Santa Ley de Dios, mediante el derramamiento vicario de su propia sangre. Jesús fue el sustituto divino y humano que entregó su vida, es decir, su sangre, en pago satisfactorio ante Dios Padre por nuestro pecado de quebrantamiento de la Ley Divina.

Esta es la razón por la que las Sagradas Escrituras declaran a nuestro Señor Jesucristo no sólo como el *Mesías de Israel*, sino también como el *Deseado de las naciones*, el *Esperado* por todos los pueblos de la tierra, en quienes la simiente del Verbo ha sido sembrada:

Hebreos 1:1-4: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.”

Este sentido mesiánico de *Deseado* se puede hallar en muchos textos bíblicos. Veamos unos ejemplos, comenzando por un hermosísimo texto poético:

Cantar de los Cantares 2:3: “Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes; bajo la sombra del Deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar.”

Y ahora veamos un par de ejemplos tomados de los textos proféticos:

Isaías 62:11-12: “He aquí que el Señor hizo oír hasta lo último de la tierra: Decid a la hija de Sión: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra. Y les llamarán Pueblo Santo, Redimidos del Señor; y a ti te llamarán Ciudad Deseada, no desamparada.”

Hageo 2:6-7: “Porque así dice el Señor de los ejércitos: De aquí a poco haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho el Señor de los ejércitos.”

Los sacrificios de animales ofrecidos por Abel, Noé, Abraham y todos cuantos participaron en el sistema sacrificial del Antiguo Testamento, no son sino sombras o figuras de Cristo Jesús y su entrega por nosotros en la Cruz del Calvario. Aquellos sacrificios fueron hechos sobre la fe y la esperanza de la venida del Mesías, conforme a las profecías de los siervos de Dios. Vamos a ver algunos de los testimonios que nos llegan en las Sagradas Escrituras de ambos Testamentos:

Hebreos 9:12: “Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró (Jesucristo) una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

Juan 1:29: “El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”

Cristo Jesús es el *Cordero de Dios*, figura que nos habla de la víctima propiciatoria, quien nos substituye y ocupa nuestro lugar en el juicio divino. Ahora bien, el sacrificio u ofrenda de la vida del Señor, Verbo Encarnado, no empieza ni termina en la Cruz del Gólgota, acontecimiento que sucede dentro de la convergencia del tiempo y del espacio en que todos los humanos nos desenvolvemos en esta Creación, y a la que nosotros generalmente hacemos referencia denominándola “*historia*”. De ahí que en las Sagradas Escrituras se revele que el sacrificio de Jesucristo es anterior y posterior al propio acto de su encarnación.

Apocalipsis 13:8: “El Cordero fue inmolado desde el principio del mundo.”

Por eso es que el sacrificio de Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, continúa en el Santuario Celestial como ofrenda eterna hasta el día de su Segunda Venida con poder y gran gloria, nuestra Esperanza Bienaventurada.

1ª Pedro 1:18-20: “Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.”

El sentido de continuidad del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo no implica la idea de que prosigan sus dolores y sufrimientos, ni su derramamiento de sangre, sino, antes bien, prosigue el alcance espiritual de su pasión y muerte como ofrenda al Altísimo a favor de sus hermanos menores, los hombres.

En esos términos se expresa Tomás de Aquino en su magna “*Summa Theologiae*”:

“La pasión y muerte de Cristo no puede repetirse, pero la eficacia de su sacrificio permanece para siempre.”²

Sólo Jesucristo, el Verbo Encarnado, quien es Dios verdadero –Emmanuel, Dios con nosotros— y hombre verdadero, podía redimir a los hombres de la maldición del pecado. La sangre de las bestias sólo era una sombra o figura, un tipo de la del Mesías Salvador, el Deseado de todas las naciones:

² “*Summa Theologiae*”, iii. 22.5.

Hebreos 10:4: “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.”

Desde los días de Adam hasta el tiempo de Moisés, la ofrenda de los sacrificios fue realizada por el cabeza de familia. Desde los días de Moisés hasta la Encarnación del Verbo, los sacrificios de animales fueron realizados en lugares especiales, como santuarios y tabernáculos construidos con el fin específico de que el pueblo se congregase para tal fin:

Éxodo 25:8: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos.”

El sistema sacrificial del Santuario Terrenal se trasladaría después a la edificación del Templo de Jerusalem, con la misma disposición de aquél, emplazándose en el mismo lugar donde Abraham llevó a su hijo Isaac para ser ofrecido al Señor.³

Aquello fue algo temporal, una figura de las realidades mismas que acontecerían con la venida del Señor en carne:

Hebreos 9:9: “Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto.”

Por eso es que el autor de la **Epístola a los Hebreos** añade en el capítulo **10:5-10** palabras del Verbo antes de su Encarnación, citando la profecía que hallamos en el **Salmo 40:6-8**, en las que podemos ver con mucha claridad cómo el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo supera y substituye todos los demás sacrificios, ofrendas, holocaustos y expiaciones por el pecado anteriores a la entrega sacrificial de nuestro Señor en la Cruz del Calvario:

Salmo 40:6-8: “Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón.”

Hebreos 10:5-10: “Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.”

³ **Génesis 22:1-19.**

LA DISPOSICIÓN DEL SANTUARIO TERRENAL.

El sentido del Santuario en las Sagradas Escrituras es el de un lugar apartado para el encuentro del hombre con la presencia de Dios entre su pueblo. Los principales ejemplos son el Tabernáculo de Moisés y el Templo de Salomón en Jerusalem.

Las voces hebreas para *Santuario* son “*Kodesh*” y “*Mikdash*”, y aparecen 137 veces en el texto del Antiguo Testamento. Su sentido es el de “*separación*”, pero su uso va desarrollándose hasta circunscribirse a la idea específica de “*separación del pecado*”.

El término se aplica también a los “*lugares altos*” empleados para los sacrificios, tanto entre los hebreos como entre los paganos de los pueblos circunvecinos de Israel, como se desprende de los siguientes textos:

Isaías 16:12-13: “Y cuando apareciere Moab cansado sobre los lugares altos, cuando venga a su santuario a orar, no le valdrá. Esta es la palabra que pronunció el Señor sobre Moab desde aquel tiempo.”

Amós 7:8-9: “El Señor entonces me dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Una plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel; no lo toleraré más. Los lugares altos de Isaac serán destruidos, y los santuarios de Israel serán asolados, y me levantaré con espada sobre la casa de Jeroboam.”

En el libro del profeta Ezequiel hallamos la mención del Santuario Celestial donde Luzbel, el querubín protector, profanó su santidad y fue expulsado de él por el Santísimo. En este pasaje se nos relata su caída y final destrucción:

Ezequiel 28:14-19: “Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.”

En las excavaciones arqueológicas de los últimos tiempos se han hallado una gran variedad de santuarios cananeos en lugares como Meguido, Ai, Azor, Lachish, Shejem, y Bet-shan, así como un magnífico santuario israelita dentro de la ciudadela real de Arad.

También se denominan “*Santuarios del Señor*” aquellos lugares que el Bendito santificó con su presencia, según las Sagradas Escrituras, tales como Jerusalem, Sión y Siloh; si bien, en conformidad con el testimonio bíblico, el verdadero Santuario de Dios, su santa morada, y el

lugar de su trono, se encuentran en los Cielos. Así se expresa en la Ley, en los Salmos y el Profetas:

Deuteronomio 26:15: “Mira desde tu morada santa, desde el cielo, y bendice a tu pueblo Israel, y a la tierra que nos has dado, como juraste a nuestros padres, tierra que fluye leche y miel.”

Salmo 68:4-5: “Cantad a Dios, cantad salmos a su nombre; exaltad al que cabalga sobre los cielos. El Señor es su nombre; alegraos delante de él. Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada.”

Miqueas 1:2-3: “Oíd, pueblos todos; está atenta, tierra, y cuanto hay en ti; y YHVH el Señor, el Señor desde su santo templo, sea testigo contra vosotros. Porque he aquí, el Señor sale de su lugar, y descenderá y hollará las alturas de la tierra.”

Habacuc 2:20: “Mas el Señor está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra.”

Jonás 2:4, 7: “Entonces dije: Desechado soy de delante de tus ojos; mas aún veré tu santo templo... Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé del Señor, y mi oración llegó hasta ti en tu santo templo.”

Salmo 102:18-22: “Se escribirá esto para la generación venidera; y el pueblo que está por nacer alabará al Señor, porque miró desde lo alto de su santuario; el Señor miró desde los cielos a la tierra, para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte; para que publiquen en Sión el nombre del Señor, y su alabanza en Jerusalem, cuando los pueblos y los reinos se congreguen en uno para servir al Señor.”

Salmo 20:6: “Ahora conozco que el Señor salva a su ungido; lo oírás desde sus santos cielos con la potencia salvadora de su diestra.”

Salmo 47:8: “Reinó Dios sobre las naciones; se sentó Dios sobre su santo trono.”

Y en el último de los Salmos, el Santuario del Señor aparece sobre la magnificencia de los Cielos:

Salmo 150:1-2: “Alabad a Dios en su santuario; alabadle en la magnificencia de su firmamento. Alabadle por sus proezas; alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza.”

El Santuario en el desierto fue construido bajo la supervisión meticulosa de Moisés, a quien nuestro Señor había dado instrucciones sumamente detalladas y pormenorizadas respecto a su erección, materiales, métodos y financiación para el levantamiento del mismo. Los capítulos **25 al 27** del libro del **Éxodo** dan todos los detalles al respecto. Todo ello en conformidad con el modelo o patrón que le fue mostrado a Moisés por el Señor en el monte, como testifica la Escritura:

Éxodo 25:1-9, 40: “El Señor habló a Moisés, diciendo: Dí a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda; de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda. Esta es la ofrenda que tomaréis de ellos: oro, plata, cobre, azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, pieles de carneros teñidas de rojo, pieles de tejones, madera de acacia, aceite para el alumbrado, especias para el aceite de la unción y para el incienso aromático, piedras de ónice, y piedras de engaste para el efod y para el pectoral. Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos los utensilios, así lo haréis... Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.” (Ver también **Hebreos 8:5**).⁴

⁴ El **Efod** era una especie de chaleco de lino sobre el pecho y la espalda, sujeto por los hombros, que llevaban los sacerdotes, y naturalmente también el Sumo Sacerdote. Las

El Señor les dio a los israelitas las instrucciones precisas para que lo reverenciaran y no lo profanaran:

Levítico 19:30: “Mis días de reposo guardaréis, y mi santuario tendréis en reverencia. Yo el Señor.”

Levítico 21:10-12: “Y el sumo sacerdote entre sus hermanos, sobre cuya cabeza fue derramado el aceite de la unción, y que fue consagrado para llevar las vestiduras, no descubrirá su cabeza, ni rasgará sus vestidos, ni entrará donde haya alguna persona muerta; ni por su padre ni por su madre se contaminará. Ni saldrá del santuario, ni profanará el santuario de su Dios; porque la consagración por el aceite de la unción de su Dios está sobre él. Yo el Señor.”

La disposición del Santuario o Tabernáculo tenía básicamente dos estancias ubicadas dentro de un patio abierto. Las paredes de éste eran cortinas de lino suspendidas desde columnas verticales de bronce. La entrada estaba en el extremo oriental. En el patio estaba el altar para la ofrenda quemada y la fuente de bronce donde los sacerdotes se lavaban las manos y los pies antes de acceder al Santuario para officiar.

La primera estancia del Santuario era el Lugar Santo, donde se realizaban los servicios cotidianamente:

Éxodo 26:33: “Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, del velo adentro, el arca del testimonio; y aquel velo os hará separación entre el lugar santo y el santísimo.”

Hebreos 9:6: “Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto.”

En el primer aposento del Santuario había tres piezas de mobiliario: El impresionante candelero de oro (hebreo: “Menorá”) con seis brazos y siete luces, de una altura superior a la estatura de un hombre, en el cual se prendían seis de sus siete lámparas cada atardecer, mientras que la luz central de la Menorá, como testigo, permanecía continuamente encendida; la mesa con los panes de la proposición; y el altar del incienso. En éste quemaba el sacerdote el incienso en el servicio de la mañana y en el de la noche. Un velo, como hemos visto antes, separaba esta primera estancia del Santuario Terrenal de la segunda. Veamos las meticulosas instrucciones que el Señor le da a su siervo Moisés al respecto :

Éxodo 25:23-40: “Harás asimismo una mesa de madera de acacia; su longitud será de dos codos, y de un codo su anchura, y su altura de codo y medio. Y la cubrirás de oro puro, y le harás una cornisa de oro alrededor. Le harás también una moldura alrededor, de un palmo menor de anchura, y harás a la moldura una cornisa de oro alrededor. Y le harás cuatro anillos de oro, los cuales pondrás en las cuatro esquinas que corresponden a sus cuatro patas. Los anillos estarán debajo de la moldura, para lugares de las varas para llevar la mesa. Harás las varas de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y con ellas será llevada la mesa. Harás también sus platos, sus cucharas, sus cubiertas y sus tazones, con que se libará; de oro fino los harás. Y pondrás sobre la mesa el pan de la proposición delante de mí continuamente. Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo. Y saldrán seis brazos de sus lados; tres brazos del candelero a un lado, y tres brazos al otro lado. Tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, una manzana y una flor; y tres copas en forma de flor de almendro en otro brazo, una manzana y una flor; así en los seis brazos que salen del candelero; y en la caña central del candelero cuatro copas en forma de flor de almendro, sus

pedras de ónice que lo sujetaban sobre los hombros llevaban inscritos los nombres de las doce tribus de Israel. El *Pectoral* era un cuadrado de lino ornamentado con oro y las doce pedras preciosas representativas de las tribus en filas de a tres. (Éxodo 28:15-30; 39:10-13). Se usa figuradamente en Isaías 59:17 y en Efesios 6:14 para referirse a la *justicia*; y en 1ª Tesalonicenses 5:8 para referirse a la *fe* y al *amor*.

manzanas y sus flores. Habrá una manzana debajo de dos brazos del mismo, otra manzana debajo de los otros dos brazos del mismo, y otra manzana debajo de los otros dos brazos del mismo, así para los seis brazos que salen del candelero. Sus manzanas y sus brazos serán de una pieza, todo ello una pieza labrada a martillo, de oro puro. Y le harás siete lamparillas, las cuales encenderás para que alumbren hacia delante. También sus despabiladeras y sus platillos, de oro puro. De un talento de oro fino lo harás, con todos estos utensilios. Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.”⁵

Una de las piezas más importantes del Santuario, y posteriormente del Templo de Jerusalem, era el altar sobre el cual se ofrecían los sacrificios.

Éxodo 30:1-6: “Harás asimismo un altar para quemar el incienso; de madera de acacia lo harás. Su longitud será de un codo, y su anchura de un codo; será cuadrado, y su altura de dos codos; y sus cuernos serán parte del mismo. Y lo cubrirás de oro puro, su cubierta, sus paredes en derredor y sus cuernos; y le harás en derredor una cornisa de oro. Le harás también dos anillos de oro debajo de su cornisa, a sus dos esquinas a ambos lados suyos, para meter las varas con que será llevado. Harás las varas de madera de acacia, y las cubrirás de oro. Y lo pondrás delante del velo que está junto al arca del testimonio, delante del propiciatorio que está sobre el testimonio, donde me encontraré contigo.”

El Propiciatorio, la “cobertura de la reconciliación”, es el hebreo “*Bet Ha-Kapóret*”, la cubierta o tapa de oro para cerrar el Arca de la Alianza (**Éxodo 25:17**), que ocupaba el lugar central del Santo de los Santos o Lugar Santísimo, y tiene su raíz en la voz “*kufar*”, cuyo significado es “*cubrir con brea*”, “*impermeabilizar*”, “*calafatear*”, como se usa en **Génesis 6:14**, en las instrucciones que el Señor le da a Noé respecto a la construcción del arca. El vocablo “*kofer*”, en el que sólo hay un cambio vocálico, significa “*brea*” y también “*rescate*”.

La doble vertiente semántica de esta voz es muy significativa desde la perspectiva del perdón propiciatorio que Dios nos ofrece:

“Hazte un arca de madera de gofer; harás aposentos en el arca, y la calafatearás con brea por dentro y por fuera.”⁶

Éxodo 40:22-27: “Puso la mesa en el tabernáculo de reunión, al lado norte de la cortina, fuera del velo, y sobre ella puso por orden los panes delante del Señor, como el Señor había mandado a Moisés. Puso el candelero en el tabernáculo de reunión, enfrente de la mesa, al lado sur de la cortina. Y encendió las lámparas delante del Señor, como el Señor había mandado a Moisés. Puso también el altar de oro en el tabernáculo de reunión, delante del velo y quemó sobre él incienso aromático, como el Señor había mandado a Moisés.”

El hebreo “*Tebá*”, para “*arca*”, es el término que aparece en los relatos del Diluvio de los días de Noé y en el texto de **Éxodo 2:3-5** para referirse también a la barquilla en la que fue depositado Moisés niño y puesto a salvo por su madre y su hermana. Sin embargo, para el Arca de la Alianza no se utiliza la voz “*tebá*”, sino “*arón*”, cuya equivalencia castellana es “*armario*”.

En el primer aposento del Santuario se celebraban los servicios de ofrendas diarias durante todo el año, pero la segunda dependencia del Santuario, el Lugar Santísimo, sólo era usado

⁵ **Codo:** Del codo a la punta de los dedos: Aproximadamente 45 centímetros.

Palmo menor: El ancho de la mano: Aproximadamente 7,5 centímetros.

Talento: Aproximadamente 34 kilogramos.

⁶ **La madera de gofer, perteneciente a uno de los árboles antediluvianos desaparecidos, debió de ser muy ligera y resinosa.**

una vez al año, en el Día de la Expiación (“*Yom Kippur*”) cuando el Sumo Sacerdote (“*Cohen Gadol*”) de Israel penetraba en él para efectuar la limpieza de pecado del Tabernáculo, de los sacerdotes y del pueblo.

Este era, sin duda, el servicio más impresionante de cuantos se celebraban en el Templo de Jerusalem, al contemplar al Sumo Sacerdote salir en paz de detrás de las cortinas que separaban el Lugar Santísimo del Lugar Santo. Incluso en nuestros días, una de las ceremonias más dramáticas y solemnes del culto sinagogal es la parte en que se recita la porción denominada “*Musaf*”:⁷

Levítico 16:19: “Y esparcirá sobre el altar de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel.”

Levítico 16:30-34: “Porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante del Señor. Día de reposo es para vosotros, y afligiréis vuestras almas; es estatuto perpetuo. Hará la expiación el sacerdote que fuere ungido y consagrado para ser sacerdote en lugar de su padre; y se vestirá las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas. Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis como estatuto perpetuo, para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel. Y Moisés lo hizo como el Señor le mandó.”

El resto de este capítulo da todos los detalles respecto al rito completo de limpieza y purificación que el Sumo Sacerdote de Israel realizaba en el Día de la Expiación. Durante todo el año los israelitas confesaban sus pecados y ofrecían sacrificios en los que la sangre de los animales, como víctimas propiciatorias, se derramaba sobre los cuernos del altar de las ofrendas. Pero en el décimo día del séptimo mes, se procedía a esta limpieza y purificación definitiva del Santuario, del Tabernáculo de reunión, de los sacerdotes y de todo el pueblo de Dios.

Hebreos 9:6-7: “Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo.”

En el Lugar Santísimo, dentro del Arca de la Alianza, estaban colocadas las Tablas de los Diez Mandamientos, representando la Ley inmutable de Dios nuestro Señor, por cuyas transgresiones necesitamos los hombres el perdón misericordioso del Eterno, establecido sobre el fundamento de su gracia soberana, no por nuestros supuestos méritos o prácticas religiosas y piadosas.⁸

Estas Tablas del Decálogo representaban el acontecimiento más importante para Israel y para toda la humanidad en el tiempo del Antiguo Pacto: La entrega de la Santa Ley de Dios a

⁷ La voz “*Musaf*” significa “añadir” o “adición”, con el sentido de “oración añadida” a los cultos sinagogales del Shabat y de los días festivos. La tradición de Israel enseña que el “*Musaf*” debe recitarse después de haber alabado al Señor. Esta alabanza consiste en el canto o la recitación del Salmo 145, conocido como el “*Salmo de Ashrei*”. Este vocablo, “*Ashrei*”, es la voz con que comienza el Salmo 145, así como el Salmo 1, y cuyo significado es “bienaventurado” o “sumamente dichoso”. Comoquiera que el sacrificio del “*Musaf*” no puede realizarse en nuestros días por la ausencia del Templo de Jerusalem, las congregaciones judías lo expresan mediante la recitan de la oración del “*Musaf*” en la que se relata la entrada del Sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo y su simbolismo de la esperanza de Israel en la venida del Mesías.

⁸ Éxodo 20:3-17. Los Diez Mandamientos fueron escritos por el dedo de Dios sobre piedra (Éxodo 24:12) y después colocados en el Arca de la Alianza (Éxodo 40:20).

Moisés por medio de ángeles. Aquel fue el momento en que el Eterno estableció su Alianza con las tribus que configuraban al pueblo de Israel, lo cual significaba el fundamento de una relación única entre Dios y el pueblo hebreo de alcance a todas las familias de la tierra. De ahí que estas Tablas fueran conocidas también como *“Tablas del Testimonio”*, por cuanto representan el testimonio permanente y tangible de la realidad objetiva del Pacto de Dios.

El apóstol Pablo enseña claramente en la Carta a los Efesios que no hemos sido salvados por nuestras obras buenas, sino por el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, bajo cuya gracia soberana somos capacitados para realizar esas obras buenas que nuestro Dios pone delante de nosotros cada día.

Efesios 2:8-10: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Tito 3:4-7: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.”

De ahí que la tapa o cubierta del Arca de la Alianza se denominara *“propiciatorio”*, o *“sede de la misericordia divina”*, por cuanto sólo esta justicia misericordiosa del Eterno puede perdonar y salvar a los infractores de la Santa Ley de Dios, por la cual es voluntad del Señor gobernar mediante sus santos preceptos a toda la humanidad, hasta el final de los tiempos, como se desprende de **Apocalipsis 12:17**, donde el remanente fiel del pueblo de Dios es descrito como *“los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”*.

Igualmente se nos dice en **Apocalipsis 14:12**: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.”

La descripción detallada de este segundo aposento del Santuario y su mobiliario se halla en los siguientes textos:

Éxodo 40:20-21: “Y tomó el testimonio y lo puso dentro del arca, y colocó las varas en el arca, y encima el propiciatorio sobre el arca. Luego metió el arca en el tabernáculo, y puso el velo extendido, y ocultó el arca del testimonio, como el Señor había mandado a Moisés.”

En **Hebreos 9:3-4** se nos describe en qué consistía el testimonio que contenía el Arca de la Alianza:

“Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro, y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto.”

Éxodo 25: 10-22: “Harán también un arca de madera de acacia, cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. Y la cubrirás de oro puro por dentro y por fuera, y harás sobre ella una cornisa de oro alrededor. Fundirás para ella cuatro anillos de oro, que pondrás en sus cuatro esquinas; dos anillos a un lado de ella, y dos anillos al otro lado. Harás unas varas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro. Y meterás las varas por los anillos a los lados del arca, para llevar el arca con ellas. Las varas quedarán en los anillos del arca; no se quitarán de ella. Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré. Y harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Harás también dos querubines de oro; labrados a martillo los harás en los dos extremos del propiciatorio. Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el propiciatorio harás los querubines en sus dos extremos. Y los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con sus alas el propiciatorio; sus rostros el uno enfrente del otro, mirando al propiciatorio los rostros de los querubines. Y

pondrás el propiciatorio encima del arca, y en el arca pondrás el testimonio que yo te daré. Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel.” (Ver también **Éxodo 37:1-9**).

Deuteronomio 10:4-5: “Y escribió en las tablas conforme a la primera escritura, los diez mandamientos que el Señor os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio el Señor. Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están, como el Señor me mandó.”

Hebreos 9:3-5: “Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio.”

Entre los dos querubines, ubicados uno frente al otro, en una disposición semejante a un espejo, como si fueran las dos letras “*yod*” que forman el “*álef*”, según el entendimiento de los sabkios antiguos de Israel, se manifestaba la gloria de la presencia divina en su perfecta unidad, como se nos describe en los siguientes textos:

Éxodo 40:34: “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria del Señor llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria del Señor lo llenaba. Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas; pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba. Porque la nube del Señor estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.”

La meticulosidad de los detalles dados por el Señor por medio de su siervo Moisés es extraordinaria. Es evidente que nuestro Dios tiene un propósito muy definido para su pueblo Israel al darle unas instrucciones tan precisas y exactas respecto a la construcción de los dos compartimentos del Santuario Terrenal. Es lógico, pues, que nos preguntemos qué representaba aquel Santuario Terrenal en el cual nuestro Señor escogió manifestarse a Moisés y dar mandamientos para el pueblo. La respuesta la hallamos en el Nuevo Testamento:

Hebreos 8:4-5: “Los sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.”

El esplendor del Santuario Terrenal fue una representación de la gloria indescriptible del Templo de Dios en los Cielos, donde Jesucristo, como Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec intercede por nosotros ante el trono de la Majestad en las Alturas.

El Santuario Terrenal fue una imagen dinámica del verdadero Tabernáculo, el Celestial, no creado por manos humanas, y, por lo tanto, no de esta Creación, donde los serafines, como flamas ardientes, guardan el Trono de Dios, y millones de millones de ángeles ministran al Eterno con su adoración, con sus cánticos y alabanzas, obedeciendo al Señor en las misiones que Él les encarga. Esa es la visión del juicio de Dios en las Alturas que el Dios Todopoderoso le otorgó a su siervo Daniel:

Daniel 7:9-10: “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos.”

En la suma de la Palabra de Dios nos percatamos de que el propósito del Eterno en la construcción y el servicio del Santuario Terrenal fue enseñar al pueblo hebreo una lección objetiva de la Santidad Divina y la total y absoluta separación de Dios respecto del pecado y la

inmundicia, así como conducir la fe del pueblo de Israel hacia la Persona de Cristo, del Mesías prometido al pueblo hebreo y Deseado de todas las naciones, quien estaba y está en el Santuario Celestial intercediendo por nosotros.

Por eso es que cuando Israel cayó en la apostasía y sus sacerdotes profanaron el Templo, Dios anunció por medio de sus profetas que los adversarios de Israel también profanarían el Santuario, por cuanto el Señor lo habría desechado como lugar especial de su divina presencia:

Sofonías 3:1-4: “¡Ay de la ciudad rebelde y contaminada y opresora! No escuchó la voz, ni recibió la corrección; no confió en el Señor, no se acercó a su Dios. Sus príncipes en medio de ella son leones rugientes; sus jueces, lobos nocturnos que no dejan hueso para la mañana. Sus profetas son livianos, hombres prevaricadores; sus sacerdotes contaminaron el santuario, falsearon la ley.”

Isaías 63:18-19: “Por poco tiempo lo poseyó tu santo pueblo; nuestros enemigos han hollado tu santuario. Hemos venido a ser como aquellos de quienes nunca te enseñoreaste, sobre los cuales nunca fue llamado tu nombre.”

Jeremías 51:51: “Estamos avergonzados, porque oímos la afrenta; la confusión cubrió nuestros rostros, porque vinieron extranjeros contra los santuarios de la casa del Señor.”

Durante el tiempo de la cautividad del pueblo hebreo, en medio de la angustia de la diáspora de Israel, el Señor bendito les consoló con especial ternura haciéndoles pensar que Él mismo suplía la carencia del Templo siendo un “*pequeño santuario*” para ellos:

Ezequiel 11:16-20: “Por tanto, dí: Así ha dicho YHVH el Señor: Aunque les he arrojado lejos entre las naciones, y les he esparcido por las tierras, con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras adonde lleguen. Dí, por tanto: Así ha dicho YHVH el Señor: Yo os recogeré de los pueblos, y os congregaré de las tierras en las cuales estáis esparcidos, y os daré la tierra de Israel. Y volverán allá, y quitarán de ella todas sus idolatrías, y todas sus abominaciones. Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios.”

También les prometió el Señor establecer un *Pacto de Paz* con ellos, figura del *Evangelio Eterno*, y edificar su Santuario en medio de ellos para siempre. Ezequiel describe este Templo idílico en los capítulos 40 al 48 de su libro, y concluye con una visión de un río de aguas salutíferas que fluye del Santuario en el que mora el Mesías Salvador:

Ezequiel 47:12: “Y junto al río, en la ribera, a uno y a otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina.”

Después de la ascensión gloriosa de nuestro bendito Salvador, tras haber vencido a la muerte, Jesús hecho Señor y Cristo, penetró de nuevo en el Santuario Celestial, de donde había venido en su encarnación, y donde ministra por nosotros en la actualidad nuestra y en la eternidad suya:

Hechos 2:29-35: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni si carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”

Hebreos 8:1-2: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.”

Es evidente que el Santuario Terrenal no fue sino una copia del verdadero en los cielos. De ahí que cuando nuestro Señor le concede a su siervo Juan las visiones que nos han llegado en el libro de Apocalipsis, semejantes a las otorgadas a Daniel en el Antiguo Testamento, éste pudo constatar que en las Alturas se hallan las realidades de las cosas que fueron sombra y figura en el Santuario Terrenal: *Los candeleros de oro, el fuego eterno, el incensario de oro, el altar de oro, el trono del Señor, el templo de Dios y el Arca de la Alianza:*

Apocalipsis 1:12-13: “Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido el pecho con un cinto de oro.”

Apocalipsis 4:5: “Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.”

Apocalipsis 8:3-4: “Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos.”

Apocalipsis 11:18-19: “Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo.”

La enseñanza del Nuevo Testamento es que los cuerpos de los fieles, redimidos por la sangre de Jesucristo, somos santuario divino por la presencia del Santo Espíritu del Padre y del Hijo:

1ª Corintios 3:16: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”

1ª Corintios 6:19-20: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”

2ª Corintios 6:16: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.”

La enseñanza del apóstol Pablo está basada en dos textos veterotestamentarios, en los cuales vemos el anuncio de la encarnación del Verbo y la presencia del Señor por el Espíritu Santo en el creyente fiel:

Levítico 26:11-12: “Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.”

Ezequiel 37:27-28: “Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo el Señor santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre.”

Pero es igualmente cierto que el verdadero Santuario, no hecho por mano del hombre, se halla en los Cielos, donde Jesús, nuestro Gran Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, continúa intercediendo por nosotros, a la diestra de la Majestad en las Alturas.

Toda la estructura y la disposición del Santuario Terrenal en el Tabernáculo sería trasladada después al Templo de Jerusalem, que en hebreo, naturalmente, no recibe la designación de

“Templo”, voz que empleamos en la traducción castellana por corresponder al vocablo con que habitualmente se designa en nuestra lengua, como en los demás idiomas occidentales, un edificio destinado al uso del culto religioso, sino de “Casa de Santidad”, es decir, “Bet HaMikdash”.

Aquella edificación fue erigida bajo la dirección del Rey Salomón, y permaneció en pie durante un período de cuatrocientos diez años, hasta su destrucción por las tropas babilónicas en días del rey Nabucodonosor, si bien, según algunas tradiciones hebreas, el mandato de la construcción del Tabernáculo fue dado por el Señor después del pecado del becerro de oro.⁹

Setenta años después, el Segundo Templo fue levantado bajo la dirección de Esdras. Según la tradición hebrea, la edificación permaneció en pie durante cuatrocientos veinte años, hasta su destrucción en la invasión romana de Jerusalem, bajo el mando del general Tito, quien llegaría después a ser emperador.

Poco después de la salida de las tribus hebreas de Egipto, el Señor ya les ordenó la construcción del Tabernáculo (“Mishkan”) en el desierto. Las palabras del Señor, registradas en **Éxodo 25:8**, suelen pasar muy inadvertidas a la mayoría de los comentaristas: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos.” En ellas, como podemos comprobar si somos observadores, el Señor no promete morar en el Santuario orioamente dicho, que les pide construyan, sino, antes bien, afirma que “morará en medio de ellos”, entendiéndose del pueblo, no de la casa hecha de manos humanas, por cuanto el Eterno no “habita”, no “mora”, en objetos inanimados, sino en “seres que respiran”. Es decir, que por medio del Tabernáculo, y después del Templo de Jerusalem, la presencia de Dios moraría en los corazones de cada uno de los israelitas.

La importancia del Santuario Terrenal y después del Templo de características más permanentes, se desprende del hecho de que la casi totalidad de la segunda mitad del texto del libro del Éxodo está dedicado a la descripción sumamente detallada de su construcción. Por eso es que los sabios antiguos de Israel comprendieron que realmente el Santuario, tanto en el desierto como después en Jerusalem, representaba un microcosmos de toda la Creación, desde el cual el pueblo de Israel debía elevar y santificar la obra de Dios y sus propias vidas.

El estudio de la estructura del Santuario del Tabernáculo del desierto, y después su traslado al Templo de Jerusalem, pasando por los catorce años que permaneció en Gilgal, los trescientos sesenta y nueve que estuvo en Siloh, y los 57 años en Nob y Gibeón, muestra un paralelismo con el propio acto creador de Dios e incluso el desarrollo de la historia de la humanidad sobre la tierra.

La edificación del Templo en Jerusalem tendría lugar después de que los israelitas llegaran y se asentaran en la Tierra Promisoria y alcanzaran ciertas condiciones de paz con sus pueblos circunvecinos. Por eso es que la Escritura se expresa en los siguientes términos:

Deuteronomio 12:3-5, 10-14: “Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego; y destruiréis las esculturas de sus dioses, y raeréis su nombre de aquel lugar. No haréis así al Señor vuestro Dios, sino que el lugar que el Señor vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis... Mas pasaréis el Jordán, y habitaréis en la tierra que el Señor vuestro Dios os hace heredar; y él os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor, y habitaréis seguros. Y al lugar que el Señor vuestro Dios escogiere para poner en él su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, las ofrendas elevadas de vuestras manos, y todo lo escogido de los votos que hubiereis prometido al Señor. Y os alegraréis delante del Señor vuestro Dios,

⁹ Así lo expresa el comentarista hebreo Rashí sobre el texto de **Éxodo 31:18; 33:11**. Flavio Josefo, en “*Antigüedades Judías*”, 3:5:8, se inclina, sin embargo, a pensar más bien en que la orden del levantamiento del Tabernáculo debió de ser anterior al pecado del becerro de oro.

vosotros, vuestros hijos, vuestras hijas, vuestros siervos y vuestras siervas, y el levita que habite en vuestras poblaciones; por cuanto no tiene parte ni heredad con vosotros. Cuidate de no ofrecer tus holocaustos en cualquier lugar que vieres; sino que en el lugar que el Señor escogiere, en una de tus tribus, allí ofrecerás tus holocaustos, y allí harás todo lo que yo te mando.”

Cuando el rey Salomón edificó el Templo de Jerusalem, ordenó también la construcción de una red o laberinto de túneles bajo el mismo, donde pudieran ser ocultados los utensilios sagrados del Templo, en caso de peligro de ser expoliados por enemigos invasores. El rey Josías ordenó que el Arca de la Alianza fuera escondida en este laberinto. Y de ello se desprende que el Arca esté oculta hasta el día de hoy en algún túnel bajo el Monte del Templo en Jerusalem.

Del mismo modo que en los días de la antigüedad los israelitas sentían la presencia del Arca de la Alianza y su contenido, aunque no pudieran contemplarla con sus propios ojos --si bien algunas tradiciones relatan que las cortinas eran corridas y el Arca quedaba visible a los peregrinos en las grandes fiestas del Señor-- también hoy muchos hombres y mujeres sienten que los objetos sagrados del Templo de Jerusalem están ocultos en la ciudad, donde el Eterno prometió poner su Nombre para siempre, y que esa cercanía genera una profunda impresión en sus almas. Quizá esa sea la explicación de la devoción de tantos judíos en el curso de los siglos junto a las viejas piedras del “*Kotel Maaravi*” o “*Muro Occidental*”, el cual marca la parte de la muralla más cercana al Lugar Santísimo del Templo.

LA EXISTENCIA OBJETIVA DEL SANTUARIO CELESTIAL.

En el curso de la historia muchos estudiosos se han preguntado si el Santuario Celestial existe como realidad objetiva o si se trata simplemente de una figura simbólica entre muchas otras de las Sagradas Escrituras.

La inmensa mayoría de los estudiosos de la Biblia en nuestros días niegan la existencia objetiva de un Santuario Celestial. Más bien se inclinan por ver en esta expresión y su simbolismo una mera figura metafórica para referirse a la presencia espiritual de Dios.

Los razonamientos que sustentan esta postura exegética se basan en la asunción de que la cosmovisión conceptual de la Epístola a los Hebreos es la del judaísmo helenista de la diáspora, no del de la tierra de Israel, y que el pensamiento que nos ha llegado de Filón de Alejandría, entre los años 20 a.C. y 50 d.C., se halla en este documento del Nuevo Testamento con sus características por hacer atractivo el judaísmo al mundo griego de la época.

Como es perfectamente conocido, Filón de Alejandría realizó una interpretación alegórica del Antiguo Testamento, convirtiendo la práctica totalidad de las concreciones escriturales en ideas abstractas afines al pensamiento helenista.

En esta labor de alegorización del texto bíblico, Filón recurrió a la concepción dualista y antitética del Universo desde una visión de clara naturaleza platónica:

“Debemos creer que el más alto y verdadero templo de Dios es el universo entero, entendiendo por su santuario la parte más sagrada de toda existencia, es decir, el cielo, y ver las estrellas como sus ornamentos votivos, y como sacerdotes a los ángeles servidores de las potencias divinas.”¹⁰

Sin embargo, la existencia y realidad del Santuario Celestial, donde Jesucristo glorificado ministra como Sumo Sacerdote en nuestro favor, están presentes en ambos Testamentos con tal profusión de textos que no creemos seguro reducirlo al plano de simple metáfora para referirnos a la presencia espiritual de Dios nuestro Señor.

Creemos que en nuestro estudio hemos de comenzar por remitirnos a las propias palabras de nuestro Señor Jesucristo en el *Evangelio según Juan 14:1-3*, donde Jesús, quien no es precisamente un judío helenista, se refiere claramente a la existencia de muchas moradas en los Cielos:

¹⁰ Filón de Alejandría, “*De Specialibus Legibus*”, I,12, 66, en *Loeb Classical Library, Filón*, vol. 7, p. 139.

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”

Es importante considerar que nuestro Señor Jesucristo dice “*para que donde yo estoy, vosotros también estéis.*” No dice “*vuestras almas*”, ni “*vuestros espíritus*”. Semejantes interpretaciones no son sino proyecciones sobre el texto bíblico de nuestras ideas paganas apriorísticas, heredadas de la cultura, de la tradición, o de las creencias religiosas o antropológicas anteriores a nuestro encuentro con el testimonio divino en las Sagradas Escrituras.

Jesús no habla de un *estado* sino de un *lugar*. El Señor no está diluido en el espacio, sino que después de su sacrificio por nosotros en la Cruz del Calvario, tras haber vencido a la muerte y haber resucitado de entre los difuntos, ascendió a la gloria del Padre, de donde había venido, para entrar en el Santuario Celestial y ministrarnos como nuestro Sumo Sacerdote e Interceder por nosotros hasta el día glorioso de su Segunda Venida.

Hebreos 8:1-2: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.”

El autor de la Epístola a los Hebreos continúa presentando a nuestro Señor Jesucristo activo en su labor ministerial a nuestro favor, aplicando eternamente los frutos de la Cruz del Calvario, proporcionándonos una visión absolutamente distante de la idea paganizada del inmovilismo y la pasividad de los dioses del panteón greco-latino, según nos ha llegado de nuestro pasado precristiano.

Jesús nada tiene que ver con la idea de *Zeus*, quien se esconde incluso bajo nuestra voz “*Dios*”, y se autocontempla *atemporal* y *ahistóricamente*, desde un planteamiento sacerdotal clasista, ocioso y aristocrático; justificador de la sociedad de clases y estirpes, y de la máxima utopía representada por la *República* platónica y las actuales democracias formales de la burguesía dominante, herederas de aquella Revolución Francesa llevada a cabo por los burgueses que utilizaron al pueblo llano para levantarse en armas contra la realeza y la aristocracia, y desplazarlas para ocupar su lugar de dominio.

Las evidencias escriturales respecto a la labor sacerdotal, es decir, intercesora, de Jesucristo en la eternidad, son muy abundantes. Veamos unos ejemplos:

1ª Timoteo 2:5-6: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”.

Hebreos 8:3: “Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste (Jesucristo glorificado) tenga algo que ofrecer”

Nuestro Señor Jesucristo no ha sido trasladado a un vacío pasivo de inactividad ociosa. Por eso es que Jesús ha dicho en **Juan 5:17:** “*Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.*” Y de ahí se desprende también que, como afirma la Carta a los Hebreos, siendo Sumo Sacerdote, ha de tener algo que ofrecer: Su propia vida ante el Padre.

En el Santuario Celestial, Jesús hecho Señor y Mesías, ofrece como Sumo Sacerdote, y desde el momento de su ascensión gloriosa y su ubicación a la diestra del Padre, la ofrenda de su propia vida al Santísimo. Es por eso que el sacrificio de Jesús, como ofrenda a Dios, no termina en la Cruz del Calvario con el derramamiento de su sangre. Su culminación no es la muerte, sino que habiendo resucitado glorioso, y habiendo ascendido al seno del Padre, de donde vino, continúa por toda la eternidad en el ofrecimiento de su vida.

Jesús no entrega su muerte por nosotros, sino su vida. La Cruz del Calvario es absolutamente suficiente pero no final, distinción que siempre ha resultado difícil de comprender para la

teología occidental, plagada de platonismo casi desde sus albores. La Cruz del Gólgota es el fundamento de nuestra redención, pero aunque termina dentro de esa convergencia del tiempo y del espacio que, insistimos, constituye la historia humana, continúa después de la resurrección y ascensión de Cristo en la metahistoria de la eternidad, en realidades para las que carecemos de palabras humanas. Este misterio de nuestro Señor Jesucristo en el Santuario Celestial nos concede, por la gracia de nuestro Dios, lo que los sacrificios de los animales en el sistema levítico veterotestamentario no podían hacer de manera total y permanente.

Naturalmente, el escritor de la Carta a los Hebreos, como todos los demás autores del Nuevo Testamento, no están pensando en nuestro Señor Jesucristo dentro del ámbito del sacerdocio levítico-aarónico, de naturaleza hereditaria para el primogénito varón de cada familia descendiente de Aarón, sino que el sacerdocio de nuestro Señor es del orden de Melquisedec. Por eso añade respecto a Jesús:

Hebreos 8:4-5: “Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.”

Melquisedec, es decir, “*Rey de Justicia*”, es descrito en **Hebreos 7:1-3** como “*Rey de Salem*”, en términos verdaderamente sorprendentes que nos hacen pensar en él como en una manifestación prefigurada del Verbo de Dios antes de la Encarnación en Jesucristo:

“Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz; sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.”

El testimonio bíblico es que Melquisedec sale al encuentro de Abraham cuando éste regresa de la batalla contra los reyes mesopotámicos Quedorlaomer y sus aliados. Melquisedec ofreció a Abraham pan y vino, y Abraham le dio el diezmo del botín. En el **Salmo 110** se le describe como prototipo del Mesías. De igual forma se aclama a Jesús como rey davídico por juramento, según el orden de Melquisedec, y no por leyes hereditarias:

Génesis 14:17-20: “Cuando volvía de la derrota de Quedorlaomer y de los reyes que con él estaban, salió el rey de Sodoma a recibirlo al valle de Save, que es el Valle del Rey. Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.”

Salmo 110:1-4: “El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. El Señor enviará desde Sión la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos. Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud. Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

La bendición que Abram recibe de parte de Melquisedec contiene el nombre de “*El Elyón*”, el “*Dios Altísimo*”, quien es el Creador del cielo y de la tierra. Melquisedec y Abram comparten la fe en el Dios único y universal. De ahí la promesa divina de que en la fe de Abram serán benditas todas las familias de la tierra.¹¹

¹¹ **Génesis 12:3.**

El autor de la Carta a los Hebreos desarrolla el tema del sacerdocio celestial de nuestro Señor Jesucristo sobre la base en que Melquisedec aparece y desaparece súbitamente, sin que nada pueda decirse de su nacimiento, sus antepasados o sus descendientes, destacándose a todas luces la superioridad de su ministerio sacerdotal por encima del levítico-aarónico de la época veterotestamentaria.

Aquel sacerdocio era, lógica y naturalmente, interrumpido por la muerte de los sacerdotes. Por eso es que Jesucristo, el Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones, es sacerdote en conformidad con el orden de Melquisedec, es decir, para siempre, por cuanto no está fundamentado en leyes humanas de la herencia de la sangre, sino en la promesa divina y su correspondiente juramento:

Hebreos 8:6: “Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, por cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.”

Naturalmente, es de ese sacerdocio del orden de Melquisedec, y no del hereditario levítico-aarónico, del cual a nosotros, como discípulos y discípulas de Jesucristo, se nos ha concedido la gracia de tener una parte:

Hebreos 6:17-20: “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

Hebreos 7:11-24: “Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón? Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley; y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio. Y esto es aun más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se da testimonio de él: Tu eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios. Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable.”

El escritor de la Epístola a los Hebreos llega a la conclusión de la grandeza del ministerio de Jesucristo como Sumo Sacerdote de nuestra fe en el Santuario Celestial, y añade al respecto las siguientes palabras:

Hebreos 7:25-28: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.”

De ahí también se desprende el hecho de que es en el orden de Melquisedec en el cual somos participantes por Cristo Jesús Señor nuestro como reyes, sacerdotes y profetas, conforme a la promesa del Redentor:

Mateo 23:34: “Por tanto, he aquí yo (Jesucristo) os envío profetas y sabios y escribas.”

1ª Pedro 2:9-10: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”

Nuestra participación, pues, en el sacerdocio de Jesucristo según el orden de Melquisedec, nos constituye en reyes, sacerdotes y profetas, tres ministerios que no convergían en el sacerdocio aarónico-levítico:

Apocalipsis 1:5-6: “Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.”

Apocalipsis 5:9-10: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”

Ahora bien, hemos de tener presente que las realidades espirituales solamente son comunicables a los hombres por medio del uso de símbolos formados con figuras que nos resultan familiares, frecuentemente de alcance universal. Estos símbolos se utilizan para transmitir realidades que trascienden a los símbolos y figuras: Hay un templo real en los Cielos, con un Salvador real que realiza un ministerio real de intercesión por los suyos.

De ahí que cuando el autor de la Epístola a los Hebreos emplea las voces griegas “*hypodeigma*” y “*skia*”, cuyos significados son “*figura*” o “*copia*”, y “*sombra*”, respectivamente, para referirse a la relación entre el Santuario Terrenal y el Santuario Celestial, escoge cuidadosamente unos vocablos que marcan la correspondencia tipológica entre ambos, y sostiene su argumento recurriendo al texto de **Éxodo 25:40**: “*Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.*”

Hechos 7:44: “Tuvieron nuestros padres el tabernáculo del testimonio en el desierto, como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que lo hiciese conforme al modelo que había visto.”

Éxodo 25:8-9: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis... Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.”

La voz “*modelo*” es el griego “*typos*”, y corresponde al hebreo “*tabnit*”, cuya raíz etimológica se halla en el verbo “*baná*”, “*construir*”, “*edificar*”. Aparece “*tabnit*” 23 veces en el texto del Antiguo Testamento, y siempre conlleva la idea de “*semejanza*”, “*forma*”, “*modelo del cual realizar una copia*”, “*diseño*”, “*plano*”, “*figura*”, “*símil*”, y “*boceto*”.¹²

El uso de la voz “*tabnit*” sugiere que Moisés no sólo recibió instrucciones verbales respecto a la construcción del Santuario, sino un modelo de la estructura que Dios le encargaba erigiera. Diríamos, en el lenguaje de nuestros días, que el Señor le mostró a Moisés una “*maqueta*” del

¹² Algunas de esas ocasiones en que aparece la voz “*tabnit*” son: Deuteronomio 4:16-18; Josué 22:28; 2º Reyes 16:10; 1º Crónicas 28:12; Salmo 106:20; Isaías 44:13; Ezequiel 8:3, 10; Oseas 13:2.

Santuario con sus correspondientes “*planos*”, comprendidas las oportunas “*especificaciones arquitectónicas*” para poder acometer su edificación en correspondencia con las realidades superiores de la morada de Dios en los Cielos.¹³

Ahora bien, como señala Frank B. Holbrook, “el significado del término ‘tabnit’ no depende de si a Moisés le mostró el Señor un modelo o simplemente unas especificaciones arquitectónicas, o ambas cosas, sino de si dicha voz significa solamente una idea en la mente de Dios, o si señala hacia una realidad superior dotada de existencia objetiva; es decir, un Santuario Celestial como realidad tangible de la morada de Dios en los Cielos.”¹⁴

Cabe que nos preguntemos por la razón por la cual el Catolicismo Romano niega la realidad del Santuario Celestial, afirmando que se trata de una mera expresión metafórica, mientras que en la corriente principal del Protestantismo simplemente se ignora esta doctrina o se minimiza su importancia.

Respecto al primero de los campos, es evidente que la afirmación de la existencia de un Santuario Celestial como realidad objetiva significaría la imposibilidad de justificar la pretensión católica romana de la renovación del sacrificio de Jesucristo en la Cruz en la celebración de la *eucaristía*, entendida ésta no sólo como memorial de acción de gracias, sino como sacrificio incruento tanto sacerdotal como del pueblo.

La enseñanza de la existencia del Santuario Celestial como realidad objetiva haría que muchos apartaran su mirada de la *Roma vaticanista* para dirigir sus ojos hacia las cosas de arriba, las celestiales. Del mismo modo, estamos seguros de que la doctrina del Santuario en los Cielos y la Persona de nuestro Señor Jesucristo oficiando en nuestro favor como Sumo Sacerdote, no habría permitido que los obispos de Roma llegaran a las desmesuradas pretensiones que les han conducido a considerarse “*obispos universales*”, título que sólo corresponde a nuestro Señor Jesucristo; “*santos padres*”, ignorando la advertencia de nuestro Señor de *no llamar “padre” en el sentido espiritual a nadie en la tierra*; y “*vicarios del Hijo de Dios*”, título que sólo pertenece al Espíritu Santo, quien Jesús promete enviar para que no estemos huérfanos y para quedar con nosotros para siempre.

La evitación de semejantes pretensiones desmedidas, en aras de la unidad de la Iglesia, habría significado un desarrollo de la historia de la Cristiandad carente de las divisiones y derramamientos de sangre que tristemente han caracterizado a muchos siglos plagados de intolerancia, afán de dominación e ignominia, lógico resultado de haber ignorado que la Iglesia no puede ser, como embajada del Reino de Dios, una réplica de los sistemas de este mundo, con las intrigas, luchas intestinas y demás desvergüenzas de los reinos mundanales.

De ahí que, por ejemplo, en el comentario sobre *Hebreos 8:2* que hallamos en la Sagrada Biblia de Cantera-Iglesias, y que traduce correctamente como “(Jesucristo) ministro del santuario y del tabernáculo verdadero que levantó el Señor, no el hombre”, se manifieste que “hay que tener en cuenta el lenguaje metafórico del autor; en realidad no se da ningún tabernáculo construido en el cielo.”¹⁵

Con esta afirmación se da por acabado el asunto en el aparato crítico de esta edición católica romana de las Sagradas Escrituras. Y las implicaciones de semejante comentario, aunque pasan inadvertidas a los más, son, evidentemente, que *no hay Santuario en los Cielos, no hay*

¹³ Holbrook B., Frank, “*The Atoning Priesthood of Jesús Christ*”, Berreen Springs, Mi., 1996.

¹⁴ Holbrook B., Frank, *op. cit.*

¹⁵ Cantera Burgos, Francisco y González Iglesias, Manuel, “*Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos Hebreo, Arameo y Griego*”, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979, Madrid.

Tabernáculo Celestial, no hay Trono de Dios, no hay mejores sacrificios, y Jesucristo no es ministro de un Santuario inexistente, donde naturalmente no ha podido acceder. De esa manera tan tosca se logra apartar la mirada de los fieles de las cosas de arriba hacia el sagrario eucarístico. Creemos que esta exégesis representa a todas luces un alto precio para mantenerse dentro de la ortodoxia dogmática del Catolicismo Romano.

Respecto al segundo campo, nos parece que todo indica que la ignorancia protestante de la doctrina del Santuario Celestial tiene como fondo la dificultad de conjugar la existencia de tal Santuario y el ministerio de Jesucristo en él, como realidad objetiva en los Cielos, con la doctrina de “*una vez salvo, siempre salvo*”, por cuanto entonces carecería de sentido el ministerio de intercesión de Jesucristo glorificado en la Majestad de las Alturas.

¿Qué necesidad habría de un Sumo Sacerdocio de naturaleza intercesora si los creyentes somos salvos y no podemos apartarnos del Camino de la Vida bajo ninguna circunstancia? De ahí que en el Protestantismo se centre todo el ministerio del Señor en la obra de la Cruz del Calvario, limitando el ministerio del Redentor a su pasión y muerte en la tierra, en el acontecimiento histórico, dejando muy difusa la labor sacerdotal del Salvador después de su victoria sobre los poderes de la muerte y su ascensión gloriosa a la diestra del Padre, es decir, en la metahistoria.

El enorme contingente de cristianos que desconocen o ignoran la importancia del ministerio de Jesucristo glorificado en el Santuario Celestial se debe a que han sido enseñados a asumir que el Señor lo hizo todo en la Cruz del Gólgota. Invitamos a nuestros lectores a considerar cuántas veces han escuchado un sermón o estudio bíblico en sus respectivas iglesias sobre la labor ministerial de Jesucristo en nuestra actualidad en los Cielos.

Creemos que este vacío se debe primordialmente al desconocimiento del modo en que se realizaba la expiación en el Santuario Terrenal. Aquí, al igual que en tantos otros aspectos, es el desprecio o ignorancia del Antiguo Testamento una de las principales causas por las que se producen y establecen tantas ambigüedades y tantos errores doctrinales.

En el sistema levítico, la expiación del pecado no se realizaba solamente en el sacrificio diario realizado por los sacerdotes en el Santuario y después en el Templo, sino finalmente en el servicio del Sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo en el Día de la Expiación o Gran Día del Perdón.

Paradójicamente, el Protestantismo no enfatiza la doctrina del Santuario Celestial, con excepción de la Iglesia Cristiana Adventista, cuando precisamente es la obra medianera del Señor Jesucristo como Sumo Sacerdote la que garantiza el carácter perpetuo de salvación que Dios ofrece a todos cuantos se acercan a Él por medio del sacerdocio eterno de Cristo glorificado.

Sólo sobre el fundamento del sacerdocio de Jesucristo en el Santuario Celestial puede sostenerse la doctrina de la perseverancia final de los santos. El amor redentor de Jesucristo en la Cruz es de dimensiones tan inmensas que fácilmente podemos ignorar la realidad del carácter eterno del sacerdocio del Señor más allá de nuestras coordenadas humanas.

De esto se desprende la ignorancia o el silencio respecto al Templo de los Cielos, como morada de Dios establecida en santidad y justicia, donde se cumple eternamente la profecía de [Zacarías 6:12-13](#):

“Y le hablarás, diciendo: Así ha hablado el Señor de los ejércitos, diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo, el cual brotará de sus raíces, y edificará el templo del Señor. Él edificará el templo del Señor, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado; y consejo de paz habrá entre ambos.”

La labor intercesora de Jesucristo a nuestro favor tiene su fundamento en el amor del Padre y del Hijo, fuente de la salvación que el Dios Eterno derrama en los corazones de los hombres perdidos y muertos espiritualmente en nuestros delitos y pecados, mediante la bendita Persona del Espíritu Santo, autor de nuestra convicción de pecado, justicia y juicio:

Isaías 53:4: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.”

Del mismo modo, del ministerio de Jesucristo en el Santuario Celestial provienen las fuerzas de que disponemos para resistir todas las tentaciones y vivir confiadamente seguros de su labor mediadora. La palabra apostólica no puede ser más clara al respecto:

Hebreos 2:18: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.”

Hebreos 4:15: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.”

1ª Juan 2:1: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.”

1ª Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

Judas 24-25: “Y a aquel que es poderoso para guardarnos sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.”

La existencia objetiva del Santuario Celestial nos muestra la necesidad que como humanos tenemos de conceptualizar las realidades espirituales que van más allá de nuestro lenguaje. Todo parece indicar que la objetividad del Santuario en los Cielos es una representación pictórica del ministerio redentor de nuestro Señor Jesucristo en la eternidad.

Los sacrificios y ofrendas del Santuario Terrenal fueron ministerios de naturaleza tipológica que apuntaban hacia el servicio eterno del Verbo de Dios en la intercesión mediadora de Jesucristo en los Cielos, símbolos para el tiempo establecido por Dios hasta el sacrificio vicario de Cristo Jesús en la Cruz del Calvario.

Hebreos 9:23-24: “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.”

El sentido simbólico y metafórico se halla en el Santuario Terrenal, figura hecha de mano del verdadero, pero el Santuario de los Cielos pertenece a las cosas celestiales mismas, es decir, a las verdaderas y eternas, las cuales precisan de mejores sacrificios que los realizados en esta tierra.

Por lo tanto, el ministerio de nuestro Señor Jesucristo ante la presencia de Dios a favor de sus hermanos menores, redimidos por su preciosa sangre, comprende tanto la labor sacerdotal de intercesión, como la limpieza y el juicio:

Hebreos 9:24: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.”

Hebreos 7:25: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.”

Respecto a la limpieza definitiva y el juicio final, la Carta a los Hebreos vincula estas labores a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, y lo hace mediante el establecimiento de una comparación que se nos da en **Hebreos 9:27-28:**

“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.”

El autor de la Carta a los Hebreos presenta claramente la doctrina de que la muerte del hombre es seguida por el juicio final, descartando todas las creencias espúreas y paganizantes de la supervivencia del alma después del óbito, así como las pretensiones de transmigración de las almas, ubicando el juicio en correspondencia con la Segunda Venida de Cristo Jesús, nunca antes.

Esta correlación nos hace inclinarnos a pensar que nuestro Redentor realizará el juicio tipificado por la culminación del ministerio del Sumo Sacerdote en el Día de la Expiación. Eso es lo que nos parece que se desprende de las palabras de [Hebreos 9:27-28](#), que acabamos de citar.

El Señor no aparecerá ya con relación al pecado, por el que ya ha hecho expiación en la Cruz del Calvario como Cordero de Dios e intercesión en el Santuario Celestial como nuestro Sumo Sacerdote, sino que ejecutará su Segundo Adviento como Mesías Triunfante y Deseado de todas las naciones, para proveer de eterna salvación a quienes le esperan y juicio definitivo a los impíos.

Recordemos que el Sumo Sacerdote en los días del Santuario Terrenal, al salir de realizar su ministerio en el Lugar Santísimo, revelaba a los sacerdotes y a todo el pueblo congregado cuál había sido el veredicto divino, si el Eterno había aceptado su sacrificio o no. Esa salida del Sumo Sacerdote, recibida con inmensa alegría por el pueblo de Dios, era la confirmación, para todos cuantos se habían arrepentido de sus pecados, confesándolos y presentando sus ofrendas, que podían contar con la seguridad de que el Señor les había perdonado, mientras que quienes no habían procedido al arrepentimiento genuino, no importaba cuantos sacrificios y ofrendas hubieran presentado, permanecían en sus pecados y sólo podían esperar el justo juicio de Dios.

Así será en el día de la manifestación de nuestro Señor, cuando se produzca su Segunda Venida desde el Santuario Celestial. De ahí que la salvación se prometa para todos cuantos le esperan, mientras que quienes se empeñen en seguir viviendo en sus pecados y maldades sólo podrán esperar *“una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha devorar a los adversarios.”* ([Hebreos 10:27](#)).

EL MISTERIO DE MELQUISEDEC.

El misterio de Melquisedec, Rey de Salem y Sacerdote del Dios Altísimo, es uno de los enigmas bíblicos que más interés han despertado en el curso de los siglos. La pregunta sobre quién es este personaje sigue provocando curiosidad y especulación en muchos círculos de estudio y reflexión bíblica.

Hasta el día de hoy están divididos los estudiosos de las Sagradas Escrituras respecto a esta figura que, como venimos viendo en este estudio, está muy relacionada con el Santuario Celestial y el ministerio actual de nuestro Señor Jesucristo a favor de sus redimidos.

En la Carta a los **Hebreos 6:20** se nos dice claramente que nuestro bendito Redentor, después de su resurrección y ascensión a la diestra del Padre, fue constituido sacerdote según el orden de Melquisedec. El término griego que nos llega en el Nuevo Testamento, y que en nuestra Biblia traducimos por “orden” es la voz “táxis”, cuyo sentido es el de “jerarquía” o “rango”.

Todo lo que sabemos por las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento acerca de Melquisedec se halla en el **capítulo 14 del libro de Génesis** y en el **Salmo 110:4**. Es en la Carta a los Hebreos del Nuevo Testamento donde encontramos expuesto con muchos detalles el significado tipológico de esta figura bíblica. En esta Epístola se nos muestra, como vemos en nuestro estudio, la superioridad del sacerdocio de Melquisedec respecto al sacerdocio levítico-aarónico. Incluso el mismo Abraham le pagó diezmos de todo. Y el sentido más profundo de esta figura es que su sacerdocio es inmutable, es decir, permanece para siempre.

El testimonio bíblico es que el sacerdocio levítico fue abrogado, mientras que el sacerdocio de Melquisedec en Jesucristo glorificado no tiene ni principio ni fin, ni puede transmitirse ni ser interrumpido, ni siquiera por la muerte. Es, pues, inalterable, y semejante característica significa que a Melquisedec se le reconocen atributos que no pueden darse en ningún ser humano, a menos que sea divino.

En ambos Testamentos se presenta a Melquisedec como “Sacerdote del Dios Altísimo”, que es el hebreo “*El-Elyón*”. Es el Nombre revelado en las Sagradas Escrituras con relación específica a Melquisedec.

Génesis 14:18-20: “Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.”

Los Nombres de Dios en las Sagradas Escrituras presentan una riqueza singular de influencia incalculable en la humanidad a través de los siglos. Todos ellos expresan la idea del Ser Supremo en conocimiento, justicia, verdad, benevolencia, pureza, santidad y eternidad. Ahora bien, las designaciones bíblicas no son casuales ni aisladas, sino que destacan determinados atributos de la Deidad en su relación con las personas y acontecimientos en los que se producen los actos de revelación divina.

La consideración de los Nombres de Dios nuestro Señor en las Sagradas Escrituras nos ayudará a comprender los atributos divinos en mayor profundidad, así como el sentido del ministerio sacerdotal del orden de Melquisedec en la Persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo en el Santuario Celestial. Un estudio detallado y pormenorizado de los Nombres del Señor iría mucho más allá de los límites que nos hemos marcado en este ensayo, pero creemos que resultará provechoso examinar algunos de los más destacados en las Sagradas Escrituras.

Comenzaremos con la voz “*El*”, “*Poderoso, Todopoderoso*”, como, por ejemplo, en **Éxodo 34:6-7**:

“Y pasando el Señor por delante de él, proclamó: ¡El Señor! ¡El Señor! (‘El’, ‘Dios’) fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado.”

Este término se combina frecuentemente con otros, como, por ejemplo, “*El Shaday*”, “*Dios Todopoderoso*”:

Éxodo 6:3: “Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como ‘El Shadái’, Dios Omnipotente, mas en mi nombre ‘Yavé’ no me di a conocer a ellos.”

Esta revelación de nuestro Dios muestra la realidad de que el Nombre del Señor con que se da a conocer a los hombres en el curso de la historia del pueblo del Altísimo tiene relación con el momento puntual, las circunstancias y los acontecimientos en que la revelación tiene lugar.

Este Nombre es, pues, el que corresponde más frecuentemente a los textos en los que se nos relatan las manifestaciones del Señor a los patriarcas, como se desprende de los siguientes ejemplos:

En la manifestación del Eterno a Abram, en la bendición de Isaac a Jacob, y en la bendición del Señor a Jacob en *Bet-El*, “*Casa del Todopoderoso*”:

Génesis 17:1: “Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció (‘YHVH’) el Señor y le dijo: Yo soy el (‘El’) Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.”

Génesis 28:3-4: “Y el Dios Omnipotente (‘El-Shaday’) te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos; y te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham.”

Génesis 35:7, 11-15: “Y edificó allí (Jacob) un altar, y llamó el lugar El-Bet-El (‘Dios de Bet-El’) porque allí le había aparecido Dios (‘Elohim’) cuando huía de su hermano... También le dijo Dios: Yo soy el Dios Omnipotente (‘El-Shaday’); crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos. La tierra que he dado a Abraham y a Isaac, la daré a ti, y a tu descendencia después de ti daré la tierra. Y se fue de él Dios, del lugar en donde había hablado con él. Y Jacob erigió una señal en el lugar donde había hablado con él, una señal de piedra, y derramó sobre ella libación, y echó sobre ella aceite. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar donde Dios había hablado con él, Bet-el.”

Otro Nombre del Señor de gran interés para nuestro estudio es el de “*El Olam*”, “*El Eterno*”, voz que hace referencia también al mundo venidero, que es la manera hebrea escritural para referirse a lo que nosotros conocemos, desde nuestra cultura greco-latina, como la “*eternidad*”:

Génesis 21:33: “Y plantó Abraham un árbol tamarisco en Beerseba, e invocó allí el nombre del Señor Dios eterno (‘YHVH El-Olam’).”

“*El Elohéi Israel*”, “*Dios el Dios de Israel*”, es otro Nombre del Señor en el que curiosamente se repite la voz “*Dios*” empleándose dos designaciones: “*El*”, “*El Todopoderoso*”, y la forma singular “*Eloa*”, cuyo plural es “*Elohim*”:

Génesis 33:18-20: “Después Jacob llegó sano y salvo a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán, cuando venía de Padán-aram; y acampó delante de la ciudad. Y compró una parte del campo, donde plantó su tienda, de mano de los hijos de Hamor padre de Siquem, por cien monedas. Y erigió allí un altar, y lo llamó El-Elohe-Israel (‘Dios, el Dios de Israel’).”

La forma singular de “*Elohim*”, es decir, “*Eloa*”, es muy poco frecuente en los textos de las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento:

Deuteronomio 32:15: “Pero engordó Jesurún, y tiró coces (Engordaste, te cubriste de grasa); entonces abandonó al Dios (‘Eloa’) que lo hizo, y menospreció la Roca de su salvación.”

Por el contrario, la forma plural, es decir, “*Elohim*”, aparece con sentido de unidad más de dos mil veces en el texto de la Biblia hebrea.

El Nombre del Señor como “*YHVH*”, “*Yavé*”, o la forma latinizada “*Jehová*”, que en nuestro estudio, al igual que en todos nuestros escritos, sustituimos por “*El Señor*”, por respeto al Nombre específico y único del Eterno —a menos que sea absolutamente preciso citarlo con motivos didácticos o explicativos— como hace nuestro Señor Jesucristo al instruirnos sobre la oración, diciendo: “*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre*” (**Mateo 6:9**), está ligado a la expresión “*Eheie asher eheie*”, que tradicionalmente se traduce por “*Yo soy el que soy*”; si bien la mayoría de los eruditos de nuestros días entienden que esta expresión no corresponde al concepto griego del “*ser por excelencia*”, sino que conlleva más bien el sentido de “*yo soy el que seré*”, expresión que se refiere fundamentalmente al carácter inmutable de Dios.¹⁶

Tenemos constancia histórica de que el “*Tetragrama*” o “*Tetragrámaton*”, es decir, el “*Nombre de las Cuatro Letras*”, conocido en hebreo como “*Shem HaMeforash*”, “*Nombre Divino Inefable*”, era pronunciado de forma correcta por los Sacerdotes de la era del Primer Templo de Jerusalem. El Sumo Sacerdote de Israel expresaba en forma solemnísimamente el Nombre del Santo de los Santos en el Día de la Expiación, “*Yom Kippur*”, así como por parte de los sacerdotes en el momento de pronunciar la “*bircat cohanim*” o “*bendición sacerdotal*”.¹⁷

Sin embargo, como hemos indicado anteriormente, este Nombre del Señor continuó escribiéndose por parte de los copistas, así como leyéndose mentalmente, pero se evitó su pronunciación alrededor del siglo tercero antes de Cristo, substituyéndose por la voz “*Adonay*”.

Tenemos que esperar a que transcurran cuatro siglos para encontrarnos con los *masoretas*, quienes desarrollaron un sistema de puntos diacríticos para la formación de las vocales en la escritura de la lengua hebrea. Ellos también fueron quienes procedieron a la división de los libros del Antiguo Testamento en párrafos grandes y pequeños, para facilitar la lectura y localización de los pasajes bíblicos. Así fue como se restauró la puntuación correcta de este

¹⁶ “**Jehová. Nombre personal de Dios en el Antiguo Testamento. En el hebreo primitivo, que carecía de vocales escritas, las consonantes son YHVH. Por respeto, dejó de pronunciarse, y en lugar se leía “Adonay” (mi Señor). Para recordar esto al lector, los rabinos le pusieron las vocales e, o y a, sólo como contraseña, cuando inventaron un sistema de vocales escritas para el hebreo. En los medios cristianos empezó a leerse desde fines de la Edad Media con esas vocales y así resultó la forma latinizada “Jehová”, de donde viene “Jehová”. Los hebraístas han llegado al acuerdo general de que la pronunciación original debe de haber sido “Yahveh”. Su significado se asocia con la idea de Ser o Existencia.” (Glosario, La Santa Biblia, Versión Reina-Valera, Revisión de 1960, Sociedades Bíblicas Unidas).**

¹⁷ **Números 6:22-27.**

Nombre de Dios y comenzó a desarrollarse la tradición cristiana de pronunciarlo de forma latinizada como “*Jehová*”.¹⁸

Números 6:24-26: “El Señor (‘YHVH’) habló a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos y díles: Así bendeciréis a los hijos de Israel diciéndoles:

El Señor (‘YHVH’) te bendiga, y te guarde;

El Señor (‘YHVH’) haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia;

El Señor (‘YHVH’) alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.

Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré.”

Éxodo 3:13-14: “Dijo Moisés a Dios (‘Elohim’): He aquí que llevo yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios (‘Eloha’) de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió (‘Elohim’) Dios a Moisés: (‘Eheie asher Eheie’) YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros. Además dijo (‘Elohim’) Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El Señor (‘YHVH’), el Dios (‘Eloa’) de vuestros padres, el Dios (‘Eloa’) de Abraham, Dios (‘Eloa’) de Isaac y Dios (‘Eloa’) de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos.”

Éxodo 6:2-3: “Habló todavía Dios (‘Elohim’) a Moisés, y le dijo: YO SOY EL SEÑOR (‘YHVH’). Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como (‘El-Shaday’) Dios Omnipotente, mas en mi nombre El Señor (‘YHVH’) no me di a conocer a ellos.”

También hallamos en el texto original hebreo de las Escrituras la voz “*Adonay*”, “*mi Señor*”, especialmente combinada con el “*Tetragrama*”, o “*Nombre de las Cuatro Letras*” (“*yod-hei-vav-hei*”), con las cuales se forma el Nombre “*Yavé*” o “*Jehová*” que ya hemos considerado:

Génesis 15:2, 7-8: “Y respondió Abram: Señor YHVH (‘Adonay YHVH’), ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?... Y le dijo: Yo soy el Señor (‘YHVH’), que te saqué de Ur de los Caldeos, para darte a heredar esta tierra. Y él respondió: Señor YHVH (‘Adonay YHVH’), ¿en qué conoceré que la he de heredar?”

Deuteronomio 3:24: “Señor YHVH (‘Adonay YHVH’), tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza, y tu mano poderosa; porque, ¿qué dios (‘El’) hay en el cielo ni en la tierra que haga obras y proezas como las tuyas?”

¹⁸ El vocablo “*masoreta*” tiene su origen en la voz “*Masora*”, término técnico para referirse a la tradición remota de la forma correcta del texto de las Sagradas Escrituras. Los “*masoretas*” fueron eruditos hebreos que desarrollaron su labor de investigación y estudio durante los cinco primeros siglos de la era cristiana. Dividieron el texto bíblico en párrafos grandes y pequeños con el objetivo de facilitar la localización de los pasajes escriturales. Sobre esta labor se desarrolló la posterior tradición cristiana de dividir el texto de los libros de la Biblia en capítulos y versículos. La transcripción diacrítica de las vocales, inventada por los “*masoretas*”, ha servido para conservar la pronunciación del hebreo que existía en su época hasta nuestros días. Los “*masoretas*” también inventaron dos sistemas de acentos para la lengua hebrea, uno para los textos en prosa y otro para la poesía. Establecieron reglas muy detalladas y precisas para la producción de nuevas copias de las Sagradas Escrituras, tales como el color y la composición de la tinta que habían de usar los escribas, la longitud de las líneas y de las columnas, contabilización de las palabras de cada página y de cada libro, fijándose la palabra que había de ocupar justamente la mitad de la página. Al final de cada libro debía añadirse una nota que reflejara la cantidad total de las palabras contenidas en el mismo, a fin de comprobar la exactitud de los nuevos ejemplares.

Deuteronomio 9:26: “Y oré al Señor (‘YHVH’), diciendo: Oh Señor YHVH (‘Adonay YHVH’), no destruyas a tu pueblo y a tu heredad que has redimido con tu grandeza, que sacaste de Egipto con mano poderosa.”

El “*Tetragrama*” fue traducido por el griego “*Kyrios*”, “*Señor*”, como equivalente, tanto en la *Septuaginta* o *Versión de los LXX*, como en el texto griego del Nuevo Testamento. Esta es igualmente la voz empleada para referirse a nuestro Señor Jesucristo, la cual implica el indiscutible reconocimiento de su divinidad en las Escrituras griegas.

También hallamos el “*Tetragrama*” en combinación con “*Tzevaot*”, “*Señor de los Ejércitos*”, entiéndase “*de los ejércitos celestiales*”, designación que hace referencia tanto a los *astros* como a los *ángeles*. Veamos uno ejemplo en el **Primer Libro de Samuel**:

1º Samuel 1:3, 11: “Y todos los años aquel varón (Elcana) subía de su ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios al Señor de los ejércitos (‘YHVH Tzevaot’) en Siloh, donde estaban dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes del Señor (‘YHVH’)... E hizo voto (Ana), diciendo: Señor de los ejércitos (‘YHVH Tzevaot’), si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré al Señor (‘YHVH’) todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza.”

También hallamos las formas “*Kedosh Israel*”, “*Santo de Israel*”, y “*Mélej HaOlam*”, “*Rey del Universo*”, expresiones especialmente empleadas en las bendiciones de la liturgia hebrea, y tomadas de los siguientes textos de las Escrituras proféticas:

Isaías 1:4: “¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron al Señor (‘YHVH’), provocaron a ira al Santo de Israel (‘Kedosh Israel’).”

Isaías 5:18-19: “¡Ay de los que traen la iniquidad con cuerdas de vanidad, y el pecado como con coyundas de carreta, los cuales dicen: Venga ya, apresúrese su obra, y veamos; acérquese, y venga el consejo del Santo de Israel (‘Kedosh Israel’), para que lo sepamos!”

La designación “*Elohim Emet*”, “*Dios Verdadero*” o “*Dios de Verdad*”, nos hace pensar en las palabras de nuestro Señor Jesucristo declarando su Divinidad en la combinación de “*Yo Soy*” y la “*Verdad*” en el Evangelio de Juan:

Juan 14:6: “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

Jeremías 10:10: “Mas el Señor (‘YHVH’) es el Dios verdadero (‘Elohim Emet’); él es Dios vivo (‘Elohim Jayim’) y Rey eterno (‘Mélej Olam’); a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación.”¹⁹

¹⁹ La voz hebrea “*Emet*”, “*verdad*”, formada con las tres consonantes “*álef*”, “*mem*” y “*tav*”, son letras que reposan sobre dos pies, mientras que la palabra “*mentira*”, hebreo “*shekel*”, formada por las consonantes “*shin*”, “*kof*” y “*resh*”, reposan solamente sobre un pie. Los sabios antiguos de Israel dijeron que *quien vive en la verdad hace siempre algo consistente; mientras que quien hace algo falso carece de consistencia*. Además, las letras “*álef*”, “*mem*” y “*tav*” están alejadas entre sí. “*Álef*” es la primera letra del alfabeto hebreo, la “*mem*” está justamente en el centro del alfabeto, con el mismo número de letras a su izquierda y a su derecha, y la “*tav*” es la última del alfabeto. Por el contrario, las letras que forma la voz “*mentira*”, “*shin*”, “*kof*” y “*resh*”, son sucesivas. Esto es así, según los sabios antiguos de Israel, porque es difícil realizar la verdad, mientras que la falsedad siempre está a nuestro lado, disponible sin necesidad de hacer ningún esfuerzo. La verdad debe ser emprendida por cuanto es tarea y esfuerzo, e implica que hay que buscar lo lejano y acercarlo, tender puentes, esforzar la mente. Por el contrario, la mentira, lo falso y superficial está siempre muy a mano y no requiere esfuerzo alguno. La mentira es falsamente brillante y rápidamente ganadora, pero carece de consistencia

En la tradición rabínica de los sabios antiguos de Israel, el Nombre de “YHVH” invoca principalmente los atributos divinos del amor y la misericordia (“*midat HaRajamim*”), mientras que el Nombre de “Elohim” evoca primordialmente los atributos de la justicia divina (“*midat HaDin*”).

El más curioso e ignorado Nombre de Dios en la cristiandad es el que hallamos en **Éxodo 33:21**, en medio de un diálogo entre el Señor y su siervo Moisés, en el que éste le ruega al Eterno que le muestre su gloria. Se trata de “*Makom*”, voz que significa “*lugar*”, “*puesto*”, “*hogar*” y “*espacio*”. Representa la ubicación física donde se halla algo o donde debería ser hallado, así como donde no existe nada, como espacio abierto. De ahí que los sabios antiguos de Israel interpretaran esta voz dándole el sentido de “*todo el universo creado*”, o como diríamos hoy, “*el espacio sideral*”.

Éxodo 33:18-23: “Él (Moisés) entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y (el Señor) le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamare el nombre del Señor (‘YHVH’) delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún el Señor (‘YHVH’): He aquí un lugar (‘Makom’) junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se me verá mi rostro.”

El término “*Makom*” lo encontramos también en los textos de **1º Samuel 26:13**, donde es traducido generalmente por “*distancia*”, “*separación*”, y en **Isaías 5:8**, vertido como “*ocupación de todo*”:

1º Samuel 26:13: “Entonces pasó David al lado opuesto, y se puso en la cumbre del monte a lo lejos, habiendo gran distancia (‘Ha-Makom’) entre ellos.”

Isaías 5:8: “¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo! (literalmente ‘hasta el fin del espacio’ (‘Makom’)). ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?”

Entre muchas otras formas usadas para referirse al Señor, principalmente con el propósito de evitar la pronunciación de ‘YHVH’, especialmente en las bendiciones litúrgicas, hallamos los siguientes títulos:

“Harajamán”, cuyo significado es “El Misericordioso”;

“HaKadosh Baruj hu”, es decir, “El Santo, Bendito sea Él”;

“Ribonó shel Olam”, “Soberano del Universo”;

Y “Adón Olam”, “Dueño del Universo”.

Un apelativo mucho menos conocido es “*Ein Sof*”, “*El Infinito*”, y se trata de la forma más elevada para referirse a la esencia misma de Dios en la Cábala. El sentido de este Nombre es el de la “*Luz Infinita de Dios*” antes del proceso de la Creación, si bien su sentido etimológico es “*sin fin*”, expresión que hace referencia al hecho de que nada ni nadie precede a Dios nuestro Señor, quien reina, como Señor del Universo, antes de la formación de cualquiera de sus criaturas.

y equilibrio. Tarde o temprano, cae. Por eso dice el refrán hebreo que “la mentira no tiene patas largas”.

De ahí que en la Cábala se presente al Señor como “*Tehirú Ilaá*”, es decir, “*El Brillo Superior*”, en contraste con “*Tehirú Tataá*”, “*El Brillo Inferior*”, el cual aparece después de la contracción inicial de la luz infinita de Dios en el proceso de la Creación.²⁰

Ahora bien, es a través de Melquisedec como Abram puede conocer el Nombre de Dios “*El-Elyón*”, ya que después de este encuentro Abram exclama:

Génesis 14:22: “He alzado mi mano al Señor Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra.”

La aparición de Melquisedec y su relación con el Nombre Divino de “*El-Elyón*” es de gran importancia para la reflexión teológica, pues revela el hecho de que la noción del conocimiento del Dios verdadero por parte de Noé y sus hijos no había desaparecido completamente de la faz de la tierra.

Por eso es que Abraham, desde su monoteísmo, puede reconocer a Melquisedec como sacerdote de “*El-Elyón*”, el Dios único a quien adoraba.

No tenemos constancia histórica del contingente de monoteístas del mundo antiguo, quienes vivieron en medio de sociedades generalizadas por la idolatría y el paganismo, pero inevitablemente viene a nuestra mente la persona de Job, en las Sagradas Escrituras, probablemente uno de los textos más antiguos de toda la Biblia; y extraescriburalmente pensamos en algunos de los textos védicos, varios filósofos griegos del siglo IV antes de Cristo, y un milenio antes recordamos al joven faraón egipcio Akenatón.²¹

²⁰ La Cábala es un sistema de doctrinas teosóficas iniciado por los judíos europeos para interpretar las Escrituras del Antiguo Testamento de forma mística y alegórica sólo accesible a los iniciados, no al pueblo en general. Se trata, pues, de un sistema de doctrinas secretistas que no debe confundirse con la verdadera fe judía. La pretensión de parte de los cabalistas de que este sistema ha sido doctrina transmitida sin interrupción a través de los siglos, desde el primer hombre y a través de los patriarcas bíblicos hasta nuestros días, es completamente falta de rigor histórico. Las escrituras fundamentales del cabalismo son “*El Libro de la Creación*” y el “*Zohar*”, “*Esplendor*”. Este último se atribuye a Moisés de León (c. 1305), judío español, si bien en esta obra se hallan elementos mucho más antiguos. Todo parece indicar que algunas de las ideas contenidas en estas dos obras tienen su origen en la filosofía griega, el panteísmo egipcio y el gnosticismo. Las creencias fundamentales de los cabalistas son: Dios es el Ser Supremo, sin fin, infinito. Se manifiesta en diez potencias que formaron la primera creación, que a su vez produjo el segundo mundo, y así sucesivamente. Los humanos fueron creados por una potencia divina. Los almas de los humanos existieron antes de su concepción y regresan a Dios por medio de la transmigración. Los cabalistas pretenden entrar en contacto con el mundo invisible y ejercer poder sobre los demonios y las enfermedades. La salvación del hombre se logra por medio del conocimiento esotérico, hasta alcanzar la divinidad. Los cabalistas pretenden hallar estas doctrinas en las Sagradas Escrituras hebreas, pero afirman que sólo unos pocos iniciados las pueden encontrar. Sus métodos de interpretación se basan en los valores numerológicos de las letras del alfabeto hebreo y el cambio del orden de las letras dentro de las palabras. La degeneración de la Cábala hacia la magia ha sido el factor determinante para que en la actualidad forme parte de la corriente esotérica conocida como “*New Age*” o “*Nueva Era*”.

²¹ Akenatón (Amenhotep IV, 1364-1347 a.C.). Cuando ascendió al trono tenía entre 16 y 24 años, según los egiptólogos, y probablemente estaría ya casado con Nefertiti, la reina que siempre ha suscitado tanto interés y admiración. Levantó varios templos al dios solar y se autoproclamó “*sumo sacerdote*”. En el año sexto de su reinado cambió su nombre por el de Akenatón, es decir, “*siervo del dios Atón*”. A partir de ese momento, Akenatón intentó suprimir el culto a todas las demás deidades, ordenando destruir sus nombres y proclamándose monoteísta. La reacción del pueblo y muy especialmente de

En la persona de Melquisedec hallamos evidencia de la existencia de alguna tradición antigua en el Medio Oriente respecto al culto sagrado en Jerusalem, con anterioridad a que Ornán el jebuseo transfiriera el título de propiedad del Monte Moriah a la corona davídica:

2º Samuel 24:18-25: “Y Gad vino a David aquel día, y le dijo: Sube, y levanta un altar al Señor en la era de Arauna jebuseo. Subió David, conforme al dicho de Gad, según había mandado el Señor; y Arauna miró, y vio al rey y a sus siervos que venían hacia él. Saliendo entonces Arauna, se inclinó delante del rey, rostro a tierra. Y Arauna dijo: ¿Por qué viene mi señor el rey a su siervo? Y David respondió: Para comprar de ti la era, a fin de edificar un altar al Señor, para que cese la mortandad del pueblo. Y Arauna dijo a David: Tome y ofrezca mi señor el rey lo que bien le pareciere; he aquí bueyes para el holocausto, y los trillos y los yugos de los bueyes para leña. Todo esto, oh rey, Arauna lo da al rey. Luego dijo Arauna al rey: El Señor tu Dios te sea propicio. Y el rey dijo a Arauna: No, sino por precio te lo compraré; porque no ofreceré al Señor mi Dios holocaustos que no me cuesten nada. Entonces David compró la era y los bueyes por cincuenta siclos de plata Y edificó allí David un altar al Señor, y sacrificó holocaustos y ofrendas de paz; y el Señor oyó las súplicas de la tierra, y cesó la plaga en Israel.”

1º Crónicas 21:18-22:1: “Y el ángel del Señor ordenó a Gad que dijese a David que subiese y construyese un altar al Señor en la era de Ornán jebuseo. Entonces David subió, conforme a la palabra que Gad le había dicho en nombre del Señor. Y volviéndose Ornán, vio al ángel, por lo que se escondieron cuatro hijos suyos que con él estaban. Y Ornán trillaba el trigo. Y viniendo David a Ornán, miró Ornán, y vio a David; y saliendo de la era, se postró en tierra ante David. Entonces dijo David a Ornán: Dame este lugar de la era, para que edifique un altar al Señor; dámelo por su cabal precio, para que cese la mortandad en el pueblo. Y Ornán respondió a David: Tómala para ti, y haga mi señor el rey lo que bien le parezca; y aun los bueyes daré para el holocausto, y los trillos para leña, y trigo para la ofrenda; yo lo doy todo. Entonces el rey David dijo a Ornán: No, sino que efectivamente la compraré por su justo precio; porque no tomaré para el Señor lo que es tuyo, ni sacrificaré holocausto que nada me cueste. Y dio David a Ornán por aquel lugar el precio de seiscientos siclos de oro. Y edificó allí David un altar al Señor, en el que ofreció holocaustos y ofrendas de paz, e invocó al Señor, quien le respondió por fuego desde los cielos en el altar del holocausto. Entonces el Señor habló al ángel, y éste volvió su espada a la vaina. Viendo David que el Señor le había oído en la era de Ornán jebuseo, ofreció sacrificios allí. Y el tabernáculo del Señor que Moisés había hecho en el desierto, y el altar del holocausto, estaban entonces en el lugar alto de Gabaón; pero David no pudo ir allá a consultar a Dios, porque estaba atemorizado a causa de la espada del ángel del Señor. Y dijo David: Aquí estará la casa del Señor Dios, y aquí el altar del holocausto para Israel.”

El uso de dos nombres distintos en estos dos pasajes que acabamos de ver, “Ornán” y “Arauna”, se debe a que se trata de dos variantes de la misma onomástica. “Ornán”, del hebreo “Zornán”, significa “activo”, “fuerte”, y por extensión “héroe”. “Arauna”, del hebreo “Aranyah”, es de etimología algo más dudosa, y probablemente significa “El Señor es fuerte”. Esta última se trata de una voz muy antigua que aparece ya en textos ugaríticos del siglos XIV a.C. Según fuentes arqueológicas, también se ha hallado este nombre en un papiro egipcio del tiempo del faraón Ramsés III (siglo XII a.C.).

Probablemente Moisés ya sabía algo respecto al lugar que el Eterno había escogido para que fuera la sede del Santuario central de Israel, como parece desprenderse del siguiente texto:

las castas sacerdotales fue muy adversa, especialmente en lo que se refiere al culto popular a la diosa Osiris, relacionada con los difuntos y el más allá. Akenatón mandó construir una nueva capital del reino, la cual denominó “Aketatón”, “El Horizonte de Atón”, a la que trasladó la corte. La ciudad se llama actualmente Tell-al-Amarna. Akenatón murió en el año dieciocho de su reinado, bajo sospechas de envenenamiento. Seguramente fue sepultado en la tumba que él mismo se haría construir, conforme a la costumbre de la época. Sin embargo, su cuerpo nunca ha sido hallado.

Deuteronomio 12:1-7: “Estos son los estatutos y decretos que cuidaréis de poner por obra en la tierra que el Señor Dios de tus padres te ha dado para que tomes posesión de ella, todos los días que vosotros viviereis sobre la tierra. Destruiréis enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos, y sobre los collados, y debajo de todo árbol frondoso. Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego; y destruiréis las esculturas de sus dioses, y raeréis su nombre de aquel lugar. No haréis así al Señor vuestro Dios, sino que el lugar que el Señor vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allí iréis. Y allí llevaréis vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, y la ofrenda elevada de vuestras manos, vuestros votos, vuestras ofrendas voluntarias, y las primicias de vuestras vacas y de vuestras ovejas; y comeréis allí delante del Señor vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos en la cual el Señor tu Dios te hubiere bendecido.”²²

Cuando “*El-Elyón*” aparece en la Biblia nos muestra la relación de Dios con toda su Creación, indicando que el Eterno está absolutamente por encima de todo cuanto ha sido creado. “*El-Elyón*” es el Dios de dioses, el Rey de reyes y el Señor de señores. Así se desprende de muchos pasajes del libro de los Salmos:

Salmo 47:1-2: “Pueblos todos, batid las manos; aclamad a Dios con voz de júbilo. Porque el Señor el Altísimo es temible; Rey grande sobre toda la tierra.”

Salmo 83:18: “Y conozcan que tu nombre es el Señor; Tú solo Altísimo sobre toda la tierra.”

En este Nombre de Dios se nos ofrece refugio en tiempos de adversidad y aflicción, como prueban muchos textos de los Salmos:

Salmo 7:17: “Alabaré al Señor conforme a su justicia, y cantaré al nombre del Señor el Altísimo.”

Salmo 57:2: “Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me favorece.”

Salmo 91:1-2: “El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo al Señor: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré.”

En el relato que nos llega en **Génesis 14**, en medio de los grandes combates entre varias naciones en la tierra de Mesopotamia y Palestina, nos encontramos con Lot, sobrino de Abraham, con su familia y sus pertenencias, capturados y trasladados a otro lugar.

Fue entonces que uno de los miembros de este clan logró escapar y llegar al lugar en que se hallaba Abraham para darle información de lo que había acontecido. Abraham armó a 318 de

²² “*Asera*” es la transcripción castellana del hebreo “*Asherah*”, diosa fenicia, primeramente de la vegetación, asociada a los árboles, cuyo nombre aparece en un texto ugarítico con la descripción de “*señora de los dioses*”. Después evolucionaría hacia una versión marinera, en la que aparece como “*señora que pasea por el mar*”, y madre de setenta deidades menores. En un templo cananeo excavado en la localidad israelí de Nahariya, conocida también como “*Naharia*”, a 8 kms. al Norte de Akko, actual Acre, en la costa mediterránea, al sur de la frontera con Líbano, hoy un importante destino turístico, fue hallada una imagen de Asera de plata, rodeada de palomas. “*Asera*” es la contraparte femenina del dios Baal, deidad de la agricultura y la fertilidad. Las mujeres se dedicaban a la confección de tiendas o camarines para las imágenes de la diosa. Su culto estaba estrechamente vinculado al ejercicio de la prostitución idolátrica: **2º Reyes 23:7; Oseas 4:12-13; 1º Reyes 16:33; 2º Reyes 13:6; 21:3**. Durante el reinado de Manasés, la imagen de Asera debió de estar en el Templo de Jerusalem: **2º Reyes 21:3, 7**. En el relato de Elías y los profetas de Baal, se menciona el número de 400 profetas al servicio de la diosa: **1º Reyes 18:19**. En **2º Reyes 23:4-7** se hace referencia a los utensilios necesarios para el culto de esta deidad pagana.

sus siervos y emprendió la persecución de aquellos intrusos hasta más allá de Dan. De esa manera, Abraham pudo rescatar a su familia y sus pertenencias, y traerlos de regreso a su tierra, donde pudieran estar en paz y seguridad.

En el viaje de regreso es cuando sale a su encuentro este personaje misterioso que es Melquisedec, quien le bendice, como hemos leído ya en [Génesis 14:18-20](#), acto en el que algunos comentaristas antiguos han creído ver la ordenación de Abraham al sacerdocio de Melquisedec.

En el texto bíblico se presenta a Melquisedec como “*Rey de Salem*”, nombre original de una de las partes que componen la ciudad de Jerusalem, y cuyo significado está en la raíz de “*shalom*”, es decir, en “*paz*”.

Según algunas fuentes, “*Yerusha*”, “*legado*”, “*herencia*”, “*posesión*”, podría ser la raíz de la primera parte del nombre de la ciudad. La segunda parte, “*Salem*”, de la raíz “*shalom*”, cuyo sentido es el de “*armonía*”, “*plenitud*”, “*sin fisura ni defecto*”, podría estar emparentada con el propio nombre hebreo de Salomón, es decir, “*Shlomó*”.

También es interesante tener en cuenta que el prefijo “*Yerú*”, forma derivada de “*Yiré*”, es el nombre dado por Abraham al que sería monte de Templo de Jerusalem:

[Génesis 22:14](#): “Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, El Señor (‘YHVH’) proveerá (‘YHVH-yiré’). Por tanto se dice hoy: En el monte del Señor será provisto.”

La identificación de “*Salem*” con “*Jerusalem*” puede hallarse en varios lugares de las Sagradas Escrituras, pero quizá la referencia más clara al respecto sea la que encontramos en el [Salmo 76:1-2](#):

“Dios es conocido en Judá; en Israel es grande su nombre. En Salem está su tabernáculo, y su habitación en Sión.”

Como ya hemos visto anteriormente, se vuelve a mencionar a Melquisedec en el [Salmo 110:4](#):

“Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

Esto mismo podemos hallarlo igualmente en la [Epístola a los Hebreos 5:6-10](#):

“Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.”

Ahora bien, el misterio de Melquisedec lo es solamente para nuestra cristiandad actual, ignorante de las Sagradas Escrituras, o bien distraída por las interpretaciones eclesiásticas plagadas de valores filosóficos griegos, absolutamente ajenos al pensamiento semita, como resultado de la occidentalización romanizante casi absoluta del Cristianismo y la paradoja del resultante distanciamiento de sus propias raíces.

En ese proceso han sido desplazadas muchas de las verdades que fueron perfectamente conocidas por la naciente cristiandad. Creemos que la filosofía disfrazada de teología ha sido y sigue siendo el principal responsable de esta ignorancia. Sin embargo, cuando nos volvemos a las tradiciones espirituales de Oriente, ignoradas o sofocadas por la Cristiandad Occidental, encontramos siempre referencias a Melquisedec, llegando incluso a denominársele nada menos que como “*Maestro de todos los Maestros*”, como instrumento divino para llevar la luz de Dios a todos los pueblos en sus diversas espiritualidades.

Así, pues, en las tradiciones orientales aparece Melquisedec como representante de la corriente del amor, de la sabiduría y de la verdad, lejos de la institucionalización de las religiones y su conversión en poderes fácticos vinculados o manipulados por los estados seculares, borrachos por el afán del poder y del lucro, e indefectiblemente causantes de inmensos derramamientos de sangre, como fácilmente podemos constatar en la historia universal.

Igualmente podemos afirmar que tanto Abraham como incluso el rey de la corrupta ciudad de Sodoma sabían perfectamente quién era este Melquisedec, Rey de paz y Rey de justicia. Éste no podía haber sido un monarca cananeo, como aseguran muchos exegetas en nuestros días, por la sencilla razón que aquellos eran paganos idólatras y politeístas, mientras que Melquisedec era sacerdote del Dios Altísimo, el Creador de los cielos y de la tierra. Además, Canaán era territorio poblado por los descendientes de Cam, mientras que Dios había escogido a los descendientes de Sem para llevar a cabo su obra.

Cuando salimos de la Biblia y consultamos fuentes extraescriturales, comprobamos que los Padres de la Iglesia utilizaron la figura de Melquisedec como tipo de Jesucristo y modelo ejemplarizante del sacerdocio. Una cita interesante es la que nos llega en un discurso de León Magno (c.390-461 d.C.):

“Tú eres para siempre sacerdote según el orden de Melquisedec: Es decir, no al modo de Aarón, cuyo sacerdocio, propagándose por la generación, pertenece a un ministerio temporal, y de hecho es dejado junto a la Ley del Antiguo Testamento; sino al modo de Melquisedec en que se significó primeramente la figura del Pontífice Eterno. Y como no es referido de cuáles padres es nacido, se entiende que en él son enseñados aquellos cuya generación no puede contarse. Así, llegando a la humana naturaleza el misterio de este divino sacerdocio, no se propaga por la generación, ni son elegidos aquellos que la carne y la sangre han formado. Es dejado el privilegio de los padres; es abolida la jerarquía de las familias: La Iglesia recibe como pastores a los que el Espíritu Santo ha preparado. En tal modo, en el pueblo, los adoptados a la progenie divina, totalmente sacerdotal y real, no obtienen la unción los privilegiados por el origen terrenal, pero da a luz el sacerdocio por el favor de la gracia celestial.”

Conviene aquí recordar que nuestro Señor Jesucristo, el día antes de su sacrificio sobre la Cruz del Calvario, instituyó en aquella cena de la Pascua el memorial de acción de gracias con las figuras del pan y del fruto de la vid. De ese modo llevó a cabo el cumplimiento de la antigua profecía prefigurada en la ofrenda del pan y del vino que Melquisedec hizo ante el patriarca Abraham.

Esta es la razón por la que en el curso de la historia, todas las tradiciones han hecho referencia a Melquisedec al pensar en el Mesías prometido a Israel y esperado como Deseado de las naciones por todos los pueblos de la tierra. Dante Alighieri, entre otros, le menciona en su *“Divina Comedia”*, donde hace una breve aparición como precedente del Rey-Sacerdote de la tradición de los hebreos.²³

En algunas tradiciones de Israel se presenta a Melquisedec como Sem, hijo de Noé, a quien Dios hubiera otorgado la gracia de sobrevivir durante muchos siglos. Sin embargo, semejante tradición carece de fundamento en las Sagradas Escrituras, donde, como hemos visto, se le otorgan a Melquisedec atributos que solamente pueden verse en la inalterabilidad de la Divinidad.

¿Dónde, pues, podemos descubrir la identidad de Melquisedec más allá de toda duda? La respuesta se halla en la [Carta a los Hebreos 7:1-3](#):

“Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de

²³ Canto VIII, 125.

Salem, esto es, Rey de paz; sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.”

Y la principal clave para conocer la identidad de Melquisedec se encuentra precisamente en los nombres que Dios le asigna: *Rey de justicia* y *Rey de paz*. El nombre “*Melquisedec*”, formado por las voces “*Mélek*”, “*Rey*”, y “*Tzedek*”, “*Justicia*”, presenta dos posibles interpretaciones. Según los eruditos, la construcción puede indicar, mediante la letra “*yod*” transicional, una relación de posesivo o bien puede ser el sufijo pronominal en la primera persona del singular. En el primero de los casos, el nombre significaría “*El Rey del Justo*”. En el segundo de los casos, sería “*Mi Rey es Justo*”.

En cuanto a la referencia a Jerusalem, la descripción de la geografía de la campaña en el [capítulo 14 de Génesis](#) da perfectamente lugar a dicha comprensión. La similitud del nombre “*Adonisedec*”, rey de Jerusalem ([Josué 10:1](#)) y la alusión en el [Salmo 110:4](#) vincula la referencia a Jerusalem:

“Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

Veamos las implicaciones de estos nombres. Primeramente, Rey de justicia. Ahora consideremos lo que las Sagradas Escrituras enseñan respecto a la justicia del hombre, cuyos actos son delante de Dios como “*trapos de inmundicia*”:

[Isaías 64:6](#): “Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trazo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.”

El propio Señor Jesucristo nos dice en el Evangelio que “*ninguno hay bueno, sino sólo Dios.*” ([Lucas 18:19](#)). No hay bondad ni justicia de ningún hombre delante de Dios. Sólo Dios es bueno, justo y misericordioso. Aparte de la justicia divina, no hay posibilidad de bondad alguna de parte del hombre. Por consiguiente, llamar “*Rey de justicia*” a un ser humano sería una blasfemia ante el Eterno, por cuanto la justicia es la perfecta obediencia a los mandamientos, estatutos y decretos de la Santa Ley de Dios nuestro Señor:

[Salmo 119:171-172](#): “Mis labios rebosarán alabanza cuando me enseñes tus estatutos. Hablará mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia.”

Y el Señor, sólo Él, es el dador de la Ley Divina: “*Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar o perder.*” ([Santiago 4:12](#)). Por eso es que cuando nuestro Señor Jesucristo habla de algún punto de la Santa Ley de Dios, siempre se sitúa en superioridad a ella, por cuanto Él es el dador de la misma.

Quizá sería más acertado afirmar que Jesús presenta una interpretación y una aplicación de la Ley de Dios que van más allá del sentido estrictamente tomístico de la misma, teniendo siempre en cuenta la vulnerabilidad del hombre, su fragilidad, y la misericordia divina como prisma desde el cual el Señor todo lo contempla.

Así vemos a Jesús en las Escrituras como “*Señor del Día de Reposo*”, algo que no puede decirse de ningún ser humano, por cuanto todos hemos pecado infringiendo la gloriosa Ley de Dios, y no hay esperanza de salvación para nosotros aparte de la misericordiosa justificación por la gracia del Eterno:

[Romanos 3:23-24](#): “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.”

[Marcos 2:27-28](#): “También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.”

En segundo lugar, además de “*Rey de justicia*”, Melquisedec es denominado “*Rey de paz*”, por cuanto la voz “*Salem*”, de la cual se deriva “*Jerusalem*”, tiene su raíz en “*shalom*”, que es “*paz*”. Y aquí conviene recordar que uno de los títulos mesiánicos que nos llegan en la profecía de Isaías es precisamente “*Príncipe de paz*”.

Isaías 9:6: “Y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”

Lo mismo puede decirse respecto a la paz en el quehacer de los hombres. De ahí las palabras del apóstol Pablo en **Romanos 3:10, 17:**

“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno... Y no conocieron camino de paz.”

Algo más que se dice de Melquisedec es que no tenía “*padre, ni madre, ni genealogía*”. Y, aunque hoy muchos afirman que esto ha de ser entendido como que se había perdido su registro de nacimiento, nosotros creemos que difícilmente puede aceptarse tal interpretación sabiendo que sin inscripción genealógica todo sacerdote quedaba excluido del desempeño del sacerdocio:

Esdra 2:62: “Estos buscaron su registro de genealogías, y no fue hallado; y fueron excluidos del sacerdocio.”

La razón por la que Melquisedec carecía de genealogía era que no tenía ascendencia de linaje humano. No había nacido como los demás hijos de los hombres. Por eso el autor de la Carta a los Hebreos afirma que “*ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.*” (**Hebreos 7:3**).

Semejantes expresiones señalan que Melquisedec siempre existió, desde la eternidad. Y, por mucho que nos pueda sorprender, semejante afirmación solamente puede hacerse del Señor, no de ser humano alguno.

Durante los días del patriarca Abraham, el Verbo de Dios no se había encarnado todavía en la Persona de Jesús el Hijo, por cuanto aún no se había hecho carne para nacer de María de Nazaret. Sin embargo, sí se dio a conocer en “*semejanza del Hijo del Hombre*” en su manifestación como Melquisedec, Rey de justicia y Rey de paz.

Otra de las pruebas que se nos presentan es el hecho de que Melquisedec “*permanece sacerdote para siempre.*” (**Hebreos 7:3**). Y esto significa que Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, lo era en los días en que se redactó la Epístola a los Hebreos, y continúa siéndolo por toda la eternidad en la Persona de Jesucristo. No podemos hallar ningún otro personaje en las Sagradas Escrituras que pueda combinar las funciones de rey, sacerdote y profeta, es decir, el cumplimiento de la esperanza de Israel en la figura del Mesías prometido y Deseado de todos los pueblos.

También resulta evidente que el sacerdocio de nuestro Señor Jesucristo ostenta el nombre de Melquisedec, del mismo modo que el sacerdocio del Antiguo Pacto llevaba el nombre de Aarón, el primero por juramento, y el segundo por herencia.

Ahora bien, esto no significa que haya dos Sumo Sacerdotes por toda la eternidad, lo cual sería contrario a todo el Consejo de Dios en las Escrituras, sino que, por muy fuerte que pueda sonarnos, la conclusión ha de ser de manera ineludible que Melquisedec y Cristo Jesús son dos manifestaciones de uno solo, del Verbo de Dios, uno con el Padre, en la unidad gloriosa del Espíritu Santo; Aquel cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad:

Miqueas 5:2: “Pero tú, Belén Éfrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

Hebreos 1:1-4: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras, en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien

constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.”

Para quienes se aferran a la idea de que Melquisedec y Jesucristo no pueden ser uno y el mismo, y hacen referencia al hecho de que respecto a Melquisedec se dice que es “*sin fin de vida*” (**Hebreos 7:3**), pero Jesucristo sí tuvo “*fin de vida*” por cuanto “*murió*”, sólo nos queda invitarles a recordar la resurrección gloriosa de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y también a considerar que si esa interpretación fuera correcta tendríamos entonces que pensar que el Señor seguía muerto; pero el testimonio indiscutible de las Sagradas Escrituras es la resurrección de Cristo Jesús, por cuanto la rotunda afirmación bíblica al respecto es que fue imposible que la muerte lo retuviera:

1ª Corintios 15:16-22: “Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.”

Hechos 2:24: “Dios levantó a Jesús, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.”

Melquisedec jamás hubiera podido cumplir su misión sacerdotal sin haber muerto por los pecados del mundo y haber vencido a la muerte mediante su resurrección. Sin embargo, la función de Melquisedec no fue esa, sino mostrar el camino de la salvación en los días de su encomienda. Sería en la encarnación del Verbo de Dios en Jesucristo cuando se haría la ofrenda del Mesías de Israel y Deseado de las naciones, como propiciación por los pecados de los hombres, en el sacrificio de Jesús de Nazaret en la Cruz del Calvario. Por eso nos dice la Sagrada Escritura que la eterna salvación que Dios regala a los hijos de los hombres que le obedecen en arrepentimiento y fe nos viene en la Persona y en la Obra del Señor Jesucristo, y de ningún otro:

Hebreos 5:9: “Y habiendo sido perfeccionado, (Jesús) vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.”

Hebreos 12:2: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.”

Hebreos 7:24-25: “Mas éste (Jesús), por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.”

Ahora bien, después de todo lo dicho, es lógico que nos preguntemos por qué no se menciona más frecuentemente a Melquisedec en las Sagradas Escrituras, y cuál es la aportación que Melquisedec da al Evangelio del Reino de Dios. Y creemos que la respuesta podemos hallarla en el hecho referente a las Cristofanías o Teofanías, es decir, las apariciones o manifestaciones del Señor antes de su encarnación en la persona de Jesús en el vientre de su sierva y hermana nuestra María de Nazaret.

Naturalmente, estas Cristofanías se hallan en las páginas del Antiguo Testamento, por cuanto en el Nuevo resulta innecesario en vista de que nuestro Señor Jesucristo ya ha sido revelado. Pareciera como que las manifestaciones de las salidas del Verbo antes de la encarnación en Jesucristo quedaran ensombrecidas por la encarnación propiamente dicha, pero no deberíamos ignorar que en cada una de estas manifestaciones gloriosas se muestra el amor de Dios y su deseo de darse a conocer a los hijos de los hombres.

Vamos a considerar algunos casos, entre muchos, de Cristofanía o Teofanía en las Escrituras del Antiguo Testamento, de las cuales se desprende mucha luz sobre el asunto que estamos estudiando. Comenzaremos con las que se dieron en la vida de Abraham:

Génesis 12:3-4, 7-9: “Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra. Y se fue Abram como el Señor le dijo; y Lot fue con él. Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán... Y apareció el Señor a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar al Señor, quien le había aparecido. Luego se pasó de allí a un monte al oriente de Bet-el, y plantó su tienda, teniendo a Bet-el al occidente y Hai al oriente; y edificó allí altar al Señor, e invocó el nombre del Señor ('YHVH').”

Esta promesa del Señor en su Teofanía se ve confirmada en la Palabra de Dios al profeta Isaías:

Isaías 54:17: “Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos del Señor, y su salvación ('Yeshua') de mí vendrá, dijo el Señor.”

Génesis 17:1: “Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció el Señor y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.”

En el Nuevo Testamento vemos la alusión a estas Teofanías en la predicación de Esteban antes de ser lapidado como testigo de Jesucristo:

Hechos 7:2-8: “Y él (Esteban) dijo: Varones hermanos y padres, oíd: El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré. Entonces salió de la tierra de los caldeos y habitó en Harán; y de allí, muerto su padre, Dios le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora. Y no le dio herencia en ella, ni aun para asentar un pie; pero le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él, cuando él aún no tenía hijo. Y le dijo Dios así: Que su descendencia sería extranjera en tierra ajena, y que los reducirían a servidumbre y los maltratarían, por cuatrocientos años. Mas yo juzgaré, dijo Dios, a la nación de la cual serán siervos; y después de esto saldrán y me servirán en este lugar. Y le dio el pacto de la circuncisión; y así Abraham engendró a Isaac, y le circuncidó al octavo día; e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas.”

El apóstol Pablo cita estas Teofanías al confirmar a los gentiles en su fe en Jesucristo:

Gálatas 3:8-9: “Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham.”

Gálatas 3:16: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.”

Veamos ahora algunas de las Teofanías en la vida del patriarca Jacob:

Génesis 28:10-19: “Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Y soñó; y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí el Señor estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy 'YHVH', el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo:

¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el ('Casa de Dios'), aunque Luz ('Almendo') era el nombre de la ciudad primero."

La Teofanía del encuentro y la lucha entre Jacob y el Ángel del Señor en Peniel es uno de los más hermosos pasajes de estas características:

Génesis 32:22-32: "Y se levantó aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jacob. Los tomó, pues, e hizo pasar el arroyo a ellos y a todo lo que tenía. Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel ('El que lucha con Dios' o 'Dios lucha'); porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel ('El Rostro de Dios'), porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma. Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera. Por esto no comen los hijos de Israel, hasta hoy día, del tendón que se contrajo, el cual está en el encaje del muslo; porque tocó a Jacob este sitio de su muslo en el tendón que se contrajo."

Algo muy semejante hallamos en la Teofanía de que es objeto Manoa y su mujer estéril, padres de Sansón, a quienes es anunciado por el Ángel del Señor el nacimiento de su hijo. El temor a morir por haber visto al Señor tiene su fundamento en las palabras del propio Señor, que veremos más adelante. De ellas se desprende que el Señor extiende su misericordia sobre aquellos a quienes en su voluntad soberana desea revelarse:

Jueces 13:17-18, 21-24: "Entonces dijo Manoa al ángel del Señor: ¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumpla tu palabra te honremos? Y el ángel del Señor respondió: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?... Y el ángel del Señor no volvió a aparecer a Manoa ni a su mujer. Entonces conoció Manoa que era el ángel del Señor. Y dijo Manoa a su mujer: Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto. Y su mujer le respondió: Si el Señor nos quisiera matar, no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto. Y la mujer dio a luz un hijo, y le puso por nombre Sansón. Y el niño creció, y el Señor lo bendijo."

En la respuesta del Ángel del Señor respecto a su Nombre, es decir, "*Admirable*", podemos ver claramente que se trata del Verbo de Dios antes de la encarnación en Jesucristo:

Isaías 9:6: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz."

Las Teofanías en la vida de Moisés son numerosísimas y muy enriquecedoras para nuestro conocimiento del Señor:

Éxodo 19:20: "Y descendió el Señor sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó el Señor a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió."

De nuevo vemos la Teofanía del Señor en la escena de la renovación del Pacto:

Éxodo 24:9-11: "Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante la cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron."

Éxodo 33:18-34:8: "Él (Moisés) entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió (el Señor): Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para

con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún el Señor: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro. Y el Señor dijo a Moisés: Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste. Prepárate, pues, para mañana, y sube de mañana al monte de Sinaí, y preséntate ante mí sobre la cumbre del monte. Y no suba hombre contigo, ni parezca alguno en todo el monte; ni ovejas ni bueyes pascan delante del monte. Y Moisés alisó dos tablas de piedra como las primeras; y se levantó de mañana y subió al monte Sinaí, como le mandó el Señor, y llevó en su mano las dos tablas de piedra. Y el Señor descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre del Señor ('YHVH'). Y pasando el Señor por delante de él, proclamó: ¡'YHVH!' '¡YHVH!', fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. Entonces Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hacia el suelo y adoró.”²⁴

Deuteronomio 31:15-23: “Y se apareció el Señor en el tabernáculo, en la columna de nube; y la columna de nube se puso sobre la puerta del tabernáculo. Y el Señor dijo a Moisés: He aquí tú vas a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos de la tierra adonde va para estar en medio de ella; y me dejará, e invalidará mi pacto que he concertado con él; y se encenderá mi furor contra él en aquel día; y los abandonaré, y esconderé de ellos mi rostro, y serán consumidos; y vendrán sobre ellos muchos males y angustias, y dirán en aquel día: ¿No me han venido estos males porque no está mi Dios en medio de mí? Pero ciertamente yo esconderé mi rostro en aquel día, por todo el mal que ellos habrán hecho, por haberse vuelto a dioses ajenos. Ahora pues, escribíos este cántico, y enséñalo a los hijos de Israel; ponlo en boca de ellos, para que este cántico me sea por testigo contra los hijos de Israel. Porque yo les introduciré en la tierra que juré a sus padres, la cual fluye leche y miel; y comerán y se saciarán, y engordarán; y se volverán a dioses ajenos y les servirán, y me enojarán, e invalidarán mi pacto. Y cuando les vinieren muchos males y angustias, entonces este cántico responderá en su cara como testigo, pues será recordado por la boca de sus descendientes; porque yo conozco lo que se proponen de antemano, antes que los introduzca en la tierra que juré darles. Y Moisés escribió este cántico aquel día, y lo enseñó a los hijos de Israel. Y dio orden a Josué hijo de Nun, y dijo: Esfuérzate y animate, pues tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra que les juré, y yo estaré contigo.”

Igualmente hermosísima es la Cristofanía veterotestamentaria que hallamos en el libro del profeta Daniel, cuando el rey Nabucodonosor, ensoberbecido ante la negativa de Sadrac, Mesac y Abed-nego a postrarse y adorar la estatua de oro que el rey había hecho levantar en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia, ordenó echarlos vivos al horno de fuego para que allí murieran y sirviera su ejecución como escarmiento para todos los súbditos del reino:

Daniel 3:23-30: “Y estos tres varones, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo. Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses. Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabellos de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían. Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del

²⁴ **Éxodo 20:5-6; Deuteronomio 5:9-10.**

rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste. Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia.”

Semejante es la Cristofanía que encontramos en este mismo libro del profeta Daniel, cuando movidos por la envidia y la xenofobia, los gobernadores y sátrapas atentaron contra Daniel, en quien no hallaron falta ni motivo para acusarle, y reconociendo que había en él un espíritu superior, propusieron al rey que promulgara un edicto por el cual cualquiera que en el espacio de treinta días demandare petición a cualquier dios u hombre fuera del propio monarca, fuese echado en el foso de los leones.

Cuando Daniel se enteró de semejante argucia, entró en su cámara y abrió las ventanas que daban hacia Jerusalem y tres veces al día oraba y alababa al Señor como siempre lo había hecho.

Siendo denunciado por aquellos instigadores, fue llevado a la presencia del rey y acusado. Aunque el rey luchó por salvar a Daniel, a quien respetaba y reconocía, no tuvo más remedio que acceder a la petición de aquellos acusadores, quienes recordaron al monarca que el edicto había sido promulgado en conformidad con la ley de Media y de Persia, cuya confirmación real no podía ser abrogada por nadie. Y la Escritura da testimonio de la Teofanía y sus consecuencias en [Daniel 6:16-23](#):

“Entonces el rey mandó, y trajeron a Daniel, y le echaron en el foso de los leones. Y el rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre. Y fue traída una piedra y puesta sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo acerca de Daniel no se alterase. Luego el rey se fue a su palacio, y se acostó ayuno; ni instrumentos de música fueron traídos delante de él, y se le fue el sueño. El rey, pues, se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones. Y acercándose al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones? Entonces Daniel respondió al rey: Oh, rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo. Entonces se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso; y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios.”

Aquello sirvió para que el mal que los infames acusadores habían procurado para Daniel se volviera contra ellos, el corazón del rey fuera profundamente tocado por el Señor, y reconociera la grandeza del Altísimo, y el siervo de Dios ocupara el lugar que por justicia divina le correspondía:

[Daniel 6:24-28](#): “Y dio orden el rey, y fueron traídos aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos. Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. Él salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones. Y este Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa.”

Son tan numerosas las Teofanías o Cristofanías bíblicas que su cita superaría también en mucho las dimensiones de nuestro estudio, pero estos ejemplos sirven para que podamos ver que las salidas del Verbo de Dios, como dice la Escritura, son muchas desde el principio de los tiempos. De ahí que todo parezca señalar que Melquisedec no es sino una de ellas, antes de la encarnación del Verbo en la Persona de nuestro Señor Jesucristo.

LA CORRESPONDENCIA ENTRE LOS SANTUARIOS TERRENAL Y CELESTIAL.

La correspondencia entre el Santuario Terrenal y el Santuario Celestial se desprende de dos datos que indican claramente la existencia del Celestial como una realidad objetiva.

Primeramente, la correspondencia vertical entre ambos. Su expresión aparece en las páginas del Antiguo Testamento en una gran variedad de formas.

Al establecerse el primer Templo de Jerusalem, el Señor le hizo la siguiente promesa a Salomón:

1º Reyes 6:12-13: “Con relación a esta casa que tú edificas, si anduvieres en mis estatutos e hicieres mis decretos, y guardares todos mis mandamientos andando en ellos, yo cumpliré contigo mi palabra que hablé a David tu padre; y habitaré en ella en medio de los hijos de Israel, y no dejaré a mi pueblo Israel.”

Si somos observadores nos percataremos de que suele ser el hombre quien se refiere al Templo de Jerusalem como “*templo*”, mientras que el Señor prefiere denominarlo “*casa*”, por cuanto Dios no habita en templos hechos de manos humanas.

El sentido en el que el Eterno promete “*habitar*” en medio del pueblo es el de hacer acto de presencia y manifestar su gloria. De ahí la carga semántica de la expresión hebrea que hace referencia a la “*presencia del nombre del Señor*”.

En este sentido nos llega la palabra apostólica en el Nuevo Testamento:

Hechos 7:46-50: “Éste (David) halló gracia delante de Dios, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”

Hechos 17:24-25: “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.”

El verdadero templo de Dios está en los cielos, y por la bendita Persona del Espíritu Santo también en los corazones de los hombres que se rinden a Él:

1ª Corintios 3:16: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”

1ª Corintios 6:19-20: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”

Por eso es que en la oración de dedicación al inaugurarse el Templo de Jerusalem, el rey Salomón, movido por el Espíritu Santo, reconoce que la auténtica morada permanente de Dios no puede estar en el templo que él ha mandado construir en la tierra, sino en los Cielos. Y en las palabras del monarca hay una clara nota de relación entre la morada del Eterno en el Santuario Celestial y la presencia de su Nombre en el Santuario Terrenal:

1º Reyes 8:26-30: “Ahora, pues, Oh Señor Dios de Israel, cúmplase la palabra que dijiste a tu siervo David mi padre. Pero, ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? Con todo, tú atenderás a la oración de tu siervo, y a su plegaria, oh Señor Dios mío, oyendo el clamor y la oración que tu siervo hace hoy delante de ti; que estén tus ojos abiertos de noche y de día sobre esta casa, sobre este lugar del cual has dicho: Mi nombre estará allí; y que oigas la oración que tu siervo haga en este lugar. Oye, pues, la oración de tu siervo, y de tu pueblo Israel; cuando oren en este lugar, también tú lo oirás en el lugar de tu morada en los cielos; escucha y perdona.”²⁵

Esta misma relación entre ambos Santuarios se desprende de varios pasajes de los Salmos, textos redactados antes de la edificación del Templo de Jerusalem, y que, por consiguiente, no pueden hacer referencia al Santuario Terrenal sino al Celestial:

Salmo 11:4: “El Señor está en su santo templo; el Señor tiene en el cielo su trono; sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres.”

Salmo 20:1-3: “El Señor te oiga en el día de conflicto; el nombre del Dios de Jacob te defienda. Te envíe ayuda desde el santuario, y desde Sión te sostenga. Haga memoria de todas tus ofrendas, y acepte tu holocausto.”

Salmo 68:32-35: “Reinos de la tierra, cantad a Dios, cantad al Señor; al que cabalga sobre los cielos de los cielos, que son desde la antigüedad; he aquí dará su voz, poderosa voz. Atribuid poder a Dios; sobre Israel es su magnificencia, y su poder está en los cielos. Temible eres, oh Dios, desde tus santuarios; el Dios de Israel, él da fuerza y vigor a su pueblo. Bendito sea Dios.”

La relación entre los dos Santuarios se manifiesta en las Sagradas Escrituras por medio del modelo que el Señor le mostró a Moisés en el monte. Queda descartada la idea de que el Santuario Terrenal ocupe el lugar o substituya al Celestial, sino que la realidad del Santuario hecho por manos humanas es de alcance funcional y referencial para el pueblo de Israel. Su propósito es salvaguardar al pueblo de Dios en la época veterotestamentaria del peligro de las prácticas idolátricas procedentes de los pueblos circunvecinos, donde siempre están presentes los ídolos grotescos en sus templos y santuarios, mientras que en el Santuario de Israel, y después en el Templo de Jerusalem, estará presente el Nombre del Señor, conforme a la promesa divina.

De ahí que la gran diferencia entre el Templo de Jerusalem, como anteriormente del Santuario en el Tabernáculo de reunión, es la ausencia de imágenes y prácticas idolátricas. Es desde esa perspectiva como podemos vislumbrar la relación entre los Santuarios, en el Cielo y en la tierra, en la cual se destacan las realidades objetivas del sacerdocio levítico-aarónico en el Santuario Terrenal, y el sacerdocio de Jesucristo, según el orden de Melquisedec, en el Santuario Celestial.

²⁵ 2º Crónicas 6:16-23.

La estrecha correspondencia existente entre el Santuario Terrenal y el Celestial se manifiesta de forma extraordinariamente clara en la profusión de afirmaciones que se destacan en la Epístola a los Hebreos:

Primeramente, que Jesucristo resucitado y glorificado es nuestro único Sumo Sacerdote, quien está sentado a la diestra del Trono Divino en los Cielos, como ministro del Santuario Celestial, el verdadero Tabernáculo levantado por Dios, no por manos humanas. De modo que, aunque no se nos revelan detalladamente las formas y maneras de la liturgia del Santuario Celestial, el lenguaje que emplea el autor de la Carta a los Hebreos sugiere varias cosas de suma importancia:

La realidad de la Deidad de nuestro Señor Jesucristo; la realidad de su humanidad; y la realidad de su sacerdocio eterno en el Santuario del Cielo.

Hebreos 8:1-2: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.”

En segundo lugar, que Jesucristo, como Sumo Sacerdote, no está presente en el Santuario Celestial para ofrecer la misma clase de ofrendas que sacrificaban los sacerdotes levítico-aarónicos en el Santuario Terrenal en los tiempos del Antiguo Testamento; es decir, la sangre de los animales, sino que la ofrenda de nuestro Señor en su ministerio actual es su propia sangre, es decir, su vida:

Hebreos 8:3: “Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste (Jesucristo) tenga algo que ofrecer.”

En tercer lugar, que al no pertenecer a la tribu de Leví, sino a la de Judá, nuestro Señor Jesucristo no fue ni podría haber sido sacerdote del orden establecido por Dios para con Israel durante el período veterotestamentario, es decir, el sacerdocio levítico-aarónico, sino que su sacerdocio es eterno y perteneciente al orden de Melquisedec:

Hebreos 8:4: “Así que, si estuviese (Jesús) sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley.”

De ahí que, según el testimonio evangélico, no veamos jamás a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo entremeterse en los asuntos y las prácticas sacerdotales durante su ministerio en la tierra en los días de la carne.

En cuarto lugar, que el servicio de los sacerdotes levítico-aarónicos se desempeñaba en la figura y sombra de las cosas celestiales, mientras que el sacerdocio de nuestro Señor Jesucristo es anterior y posterior a su Encarnación; es decir, eterno en los Cielos.

Conviene aquí tener presente nuestra errónea tendencia a vislumbrar la eternidad como una proyección de nuestro presente hacia adelante, como si se tratara de un futuro eterno, olvidando que la eternidad rodea nuestra historia, la cual no es sino como una especie de diminuta burbuja dentro de esa eternidad circundante:

Hebreos 8:5: “Los cuales (los sacerdotes levítico-aarónicos) sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.”

En quinto lugar, que el ministerio sacerdotal del orden de Melquisedec, que Jesucristo glorificado realiza en nuestro favor, es de un orden superior al levítico-aarónico, por cuanto está fundado en una mejor Alianza portadora de mejores promesas que todos los anteriores Pactos de Dios nuestro Señor, en conformidad con la profecía que el Bendito nos da por medio del profeta **Jeremías 31:31-34**, y que el autor de la Carta a los Hebreos cita en este pasaje:

Hebreos 8:6-13: “Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. Porque si aquel primero hubiera sido sin

defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: 'He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.' Al decir: Nuevo Pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer."

En sexto lugar, que la presencia de nuestro Señor Jesucristo en el Santuario Celestial es la garantía de nuestra eterna salvación, por cuanto representa la consumación del ministerio redentor del Señor realizado en la tierra, hasta la apoteosis de su Segundo Venida en el Gran Día de Dios en poder y gran gloria:

Hebreos 9:11-15: "Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerria rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna."

En séptimo lugar, que del mismo modo que las figuras y sombras de las cosas celestiales fueron purificadas en el Santuario Terrenal durante el antiguo Pacto, también las cosas celestiales mismas, las realidades eternas de las cuales las terrenales fueron tipológicamente representativas, han de ser también purificadas por la presencia y ministerio de nuestro Señor.

Así pues, del mismo modo que el Sumo Sacerdote de Israel penetraba en el Lugar Santísimo una vez al año para proceder a purificar en el Día de la Expiación el Tabernáculo de reunión, con sus dependencias y utensilios, a los sacerdotes y al pueblo, así también nuestro bendito Salvador, como Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, después de haber realizado nuestra redención por su sacrificio en la Cruz del Calvario, ha vencido a la muerte, ha resucitado glorioso, y ha ascendido a los Cielos para entrar en el Lugar Santísimo del Santuario Celestial con un mejor sacrificio que todos cuantos han podido hacerse en esta tierra. Tengamos siempre muy presente el hecho de que nuestro bendito Señor y Salvador es al mismo tiempo sacerdote y ofrenda.

Sin embargo, casi nadie repara en el hecho de que el momento de la ofrenda y expiación en el Antiguo Pacto no acontecía en el acto de la muerte vicaria de la víctima propiciatoria, sino en la entrada del Sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo portando la sangre de dicha víctima para esparcirla sobre el propiciatorio.

Por lo tanto, el sacrificio de nuestro Señor tiene dos fases, la segunda de las cuales suele pasar inadvertida a muchos: Una en la tierra, en el derramamiento de su sangre en la Cruz del Gólgota, y la segunda en su entrada en el Santuario Celestial, después de haber resucitado y ascendido glorioso a la Alturas. De ahí se desprende la importancia de la doctrina del Santuario Celestial, tan tristemente ignorada en muchos círculos cristianos de nuestros días.

Por consiguiente, es oportuno afirmar que todo cuanto precede en la tierra a la ascensión de Jesucristo a la presencia del Padre, es fundamento y preparación para la realización de sus funciones sacerdotales en el Tabernáculo de los Cielos después del acto de suprema redención de los pecadores en la Cruz del Calvario. Es en su acceso al Santuario Celestial, no hecho de mano y no de esta Creación, cuando Jesús lleva a cabo la culminación de su obra redentora iniciada en la tierra. Es en su entrada en el Santuario cuando nuestro Señor inicia su

Sumo Sacerdocios en nuestro favor con la perpetuidad propia del sacerdocio del orden del Melquisedec, el que nuestro Redentor ministra por los redimidos de todos los tiempos como culminación de la obra expiatoria iniciada en su pasión y muerte el Gólgota.

De ahí se desprende que el sacrificio de la tierra no pueda repetirse, mientras que la ofrenda de Jesucristo en los Cielos esté fuera de la historia, presente en la eternidad, y, por lo tanto, no tenga ni principio ni fin, por lo que hablar de repetición del mismo carecería de sentido.

Hebreos 9:23-28: “Fue, pues, necesario que las figuras (‘hypodeigma’, ‘copia’) de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura (‘antitypos’, ‘copia’, ‘realidad prefigurada’) del verdadero (‘alethinos’, ‘verdadero’, ‘veraz’), sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.”

De modo que la relación entre el Santuario Terrenal y el Santuario Celestial, según se desprende del testimonio de la Carta a los Hebreos, es una correspondencia entre la copia y el original, entre la imagen y la sustancia; entre la parábola y la realidad; entre el Tabernáculo hecho por las manos del hombre, siguiendo instrucciones del Señor, y el Tabernáculo verdadero, hecho por Dios, y por lo tanto no perteneciente al orden de las cosas de esta Creación.

Hebreos 10:1: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan.”

El uso que el autor de la Epístola a los Hebreos hace del término “sombra” nos habla del anuncio anticipado de los bienes por venir, las mejores cosas que Dios tiene para sus hijos e hijas. De ahí que los sacrificios en el Santuario Terrenal fueran “copia” y “sombra” del sacrificio más excelente que habría de venir en la Persona de Jesucristo.

En palabras del apóstol Pablo en **Colosenses 2:17:** “todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo.”

Hemos de tener presente que la Carta a los Hebreos es un escrito dirigido a los judeo-cristianos que estaban experimentando oposición por parte de la comunidad hebrea que les había rechazado por seguir a Jesús de Nazaret como su Mesías Salvador; que sufrían los efectos de la separación de su entorno; y también hemos de considerar que se aproximaba el levantamiento del pueblo judío y la consiguiente destrucción de Jerusalem y del Templo en el año 70 d.C. Por eso es que la palabra apostólica les habla, a ellos y a nosotros igualmente, del verdadero Templo, el Santuario Celestial, donde Jesucristo ministra a nuestro favor.

Hebreos 10:19-25: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.”

Nosotros también, como aquellos hermanos nuestros de entre los cristianos hebreos del primer siglo, necesitamos reafirmar nuestra fe sabiendo que tenemos un gran Sumo Sacerdote en los Cielos, por lo cual los sacrificios tipológicos del Santuario Terrenal, antes del drama del

Calvario, fueron cumplidos y reemplazados por la actual intercesión y mediación celestial de nuestro Señor Jesucristo:

Hebreos 4:14-16: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

Hebreos 7:24-25: “Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.”

EL SANTUARIO CELESTIAL EN EL LIBRO DE APOCALIPSIS Y SU RELACIÓN CON LA EPÍSTOLA A LOS HEBREOS.

Todo estudiante del libro de Apocalipsis pronto se percata de la importancia que en él se da al Santuario Celestial. Su presencia y alusión se halla en casi todas las visiones que Juan comparte con nosotros en este último libro con el cual se cierra el canon de las Sagradas Escrituras:

Apocalipsis 7:9-10, 14-17: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero... Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Y ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de agua de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.”

Apocalipsis 11:19: “Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo.”

Apocalipsis 15:5: “Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio.”

El Señor le concede a su siervo Juan, deportado por la policía del emperador Domiciano a la isla de Patmos, donde sólo había piedras y lagartos, una amplia visión del Santuario Celestial. En él puede contemplar al Señor Jesucristo en su glorificación como Verbo de Dios y como Hijo del Hombre:

Apocalipsis 1:12-13: “Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.”

El Señor le muestra también el trono de Dios en el Santuario de los Cielos, y en él puede ver al Verbo, el Mesías-Rey, León de la tribu de Judá, como Cordero de Dios, de quien procede la plenitud del Espíritu Santo:

Apocalipsis 4:1-5: “Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspé y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante

en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.”

Apocalipsis 5:5-6: “Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra.”

También se le concede al apóstol Juan contemplar el altar de oro que está delante del trono de Dios y del Cordero:

Apocalipsis 8:3-4: “Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos.”

Apocalipsis 9:13: “El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios.”

A Juan se le concedió el privilegio de contemplar el Santuario Celestial, no como una figura o parábola, sino como una realidad objetiva. La profusión de detalles que nos da no permite otra interpretación consecuente.

También los vencedores que salgan de la gran tribulación de aquellos días estarán ante el Trono de Dios en el Santuario Celestial, junto con todos los redimidos de todos los tiempos, cuantos vivieron y murieron en la bienaventurada esperanza mesiánica.

En estos días en que nos ha correspondido vivir, cuando nuestro mundo parece estar en las manos de fuerzas ciegas a la visión divina, promotoras de contaminación, maldad y destrucción en todos los ordenes y planos, es extraordinariamente reconfortante saber que el Dios Altísimo purificará este mundo con su fuego eterno, con el cual serán devorados los impíos y todos cuantos hacen maldad, mientras que todos cuantos vivieron en la esperanza mesiánica serán resucitados, y los vivos en ese momento serán transformados en un abrir y cerrar de ojos.

El anuncio del juicio de Dios nos recuerda que no podemos caer en la trampa mundana por la cual tantos se burlan de los mandamientos divinos, e incluso hacen el mayor alarde de incumplir los principios morales de Dios nuestro Señor, por cuanto el Gran Día de Dios se acerca de manera imparable, y el Señor ha prometido su juicio sobre los pecadores impenitentes. Así se nos dice en el Antiguo Testamento, en el Evangelio y en la palabra apostólica:

Levítico 23:27-29: “A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación, tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida al Señor. Ningún trabajo haréis en este día; porque es día de expiación, para reconciliaros delante del Señor vuestro Dios. Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de su pueblo.”

Mateo 25:31-36, 40-43, 46: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.

Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis... E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.”

2ª Tesalonicenses 1:6-10: “Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de terna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron.”

En la Carta a los Hebreos se nos asegura que por dos cosas inmutables e inamovibles se nos garantiza el libre acceso a Dios nuestro Señor por medio de Jesucristo:

La primera y principal de ellas es la Promesa de Dios. La segunda y consecuente es el Juramento Divino:

Hebreos 6:15-20: “Y habiendo esperado con paciencia, (Abraham) alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

Esta segura y firme ancla del alma es la gran esperanza cristiana. De ahí la importancia del ministerio de nuestro Señor Jesucristo en el Santuario Celestial, tanto en su perspectiva presente como en la futura. En nuestro presente, el servicio divino del Señor nos mueve a escudriñar nuestros corazones y abandonar nuestros malos caminos por el poder de la sangre de Cristo, que es ahora su vida resucitada y ofrecida al Padre Eterno:

Hebreos 9:14: “¿Cuánto más la sangre de Cristo el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

Romanos 5:10: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.”

Y en nuestro futuro, la limpieza final, es decir, nuestra glorificación, cuando Jesucristo aparezca en el Gran Día de Dios:

Hebreos 9:28: “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.”

Hebreos 10:23-25: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.”

RECAPITULACIÓN:

Después de todo lo que hemos venido diciendo, creemos que hemos de recapitular y presentar de forma progresiva los puntos fundamentales de la doctrina del Santuario Celestial en conformidad con la enseñanza de las Sagradas Escrituras. Vamos, pues, a tratar de presentar estos puntos de la manera más sistemática posible en forma de preguntas y sus correspondientes respuestas bíblicas:

Primeramente, ¿por qué le pidió nuestro Señor a su siervo Moisés que construyera un Santuario? ¿Cuál fue el propósito divino? ¿Cuál fue el plano del diseño que el Señor le presentó a su siervo?

Éxodo 25:8-9: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis.”

En segundo lugar, ¿de qué Templo era copia el Santuario Terrenal que el Señor ordenó a Moisés?

En la **Carta a los Hebreos** se nos aclara que los sacerdotes presentaban las ofrendas según la Santa Ley de Dios:

“sirviendo a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.” (**Hebreos 8:4-5**).

En tercer lugar, vemos en la **Epístola a los Hebreos** que se nos proporciona una breve descripción del Santuario Terrenal en estrecha correspondencia con la disposición del Santuario Celestial:

Hebreos 9:1-5: “Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle.”²⁶

²⁶ **Éxodo 26:1-30; Éxodo 25:31-40; 25:23-30; Éxodo 26: 31-33; Éxodo 30:1-6; Éxodo 25:10-16; Éxodo 16:33; Números 17:8-10; Éxodo 25:16; Deuteronomio 10:3-5; Éxodo 25:18-22.**

En cuarto lugar, consideremos cuál era el contenido del Arca de la Alianza, según las instrucciones dadas por el Señor a Moisés:

Deuteronomio 10:1-5: “En aquel tiempo el Señor me dijo: Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y sube a mí al monte, y hazte un arca de madera; y escribiré en aquellas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste; y las pondrás en el arca. E hice un arca de madera de acacia, y labré dos tablas de piedra como las primeras, y subí al monte con las dos tablas en mi mano. Y escribió en las tablas conforme a la primera escritura, los diez mandamientos que el Señor os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio el Señor. Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están, como el Señor me mandó.”

En quinto lugar, ¿cuál era el proceso del perdón por el que el israelita fiel había de pasar cuando quería hacer expiación por su pecado?

Levítico 4:27-30: “Si alguna persona del pueblo pecare por yerro, haciendo algo contra alguno de los mandamientos del Señor en cosas que no se han de hacer, y delinquiere; luego que conociere su pecado que cometió, traerá por su ofrenda una cabra, una cabra sin defecto, por su pecado que cometió. Y pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda de la expiación, y la degollará en el lugar del holocausto. Luego con su dedo el sacerdote tomará de la sangre, y la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto, y derramará el resto de la sangre al pie del altar.”

En sexto lugar, tengamos presente que el “*Yom Kippur*” o Día de la Expiación, una vez al año, era un Shabat que simbolizaba la limpieza final del pecado que acontecerá al final de los tiempos.

Se trataba de una limpieza diferente a los sacrificios que cotidianamente se realizaban en el Santuario Terrenal, y después en el Templo de Jerusalem, por cuanto correspondía al perdón de todos los pecados del pueblo y la limpieza de los sacerdotes, de los congregados, del propio Sumo Sacerdote y del Santuario con todos sus utensilios y ornamentos litúrgicos.

Vamos a considerar tres versículos del libro del **Levítico**, si bien la totalidad del **capítulo 16** del mismo está dedicado a los detalles pormenorizados de la celebración del Gran Día de la Expiación:

Levítico 16:32-34: “Hará la expiación el sacerdote que fuere ungido y consagrado para ser sacerdote en lugar de su padre; y se vestirá las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas. Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis como estatuto perpetuo, para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel. Y Moisés lo hizo como el Señor le mandó.”

En séptimo lugar, vamos a responder con la Biblia a las siguientes preguntas:

¿Quién es nuestro Sumo Sacerdote? y ¿Dónde se encuentra el Santuario hoy?

Hebreos 8:1-5: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre. Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste (Jesús) tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.”

En octavo lugar, ¿cómo hemos de entender la mayor perfección del ministerio de Jesucristo en el Santuario Celestial? ¿Cómo sabemos lo que nuestro Señor Jesucristo está haciendo hoy por nosotros en el Santuario del Cielo?

Hebreos 9:7-12: “Pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas. Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.”

Como podemos fácilmente apreciar, todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento señalaba hacia el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz del Calvario:

Juan 1:29, 36: “El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo... Y mirando a Jesús que andaba por allí. Dijo: He aquí el Cordero de Dios.”

Apocalipsis 13:8: “El Cordero fue inmolado desde el principio del mundo.”

En noveno lugar, del mismo modo que el Sumo Sacerdote del orden aarónico-levítico procedía a la limpieza del Santuario Terrenal una vez al año, así también nuestro Señor Jesucristo, Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, ha purificado el Santuario Celestial con su propia sangre, es decir, con la presencia de su propia vida resucitada a la diestra del Padre Eterno:

Hebreos 9:19-23: “Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado. Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos.”

Y en décimo lugar, la Sagrada Escritura da claro testimonio de cómo nuestro Señor Jesucristo permanece ante el Padre Eterno en la Majestad de las Alturas, así como del supremo ministerio del Cordero en el Santuario Celestial:

Daniel 7:13-14: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”

Hebreos 9:24-25: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena”.

Como hemos visto, en el ritual del Día de la Expiación, el Sumo Sacerdote limpiaba simbólicamente el Santuario Terrenal con la sangre de la víctima propiciatoria; pero sólo el sacrificio del Unigénito Hijo de Dios en la Cruz del Gólgota podía deshacer el muro de separación por el pecado entre el hombre y Dios.

Por eso es que del mismo modo que el Sumo Sacerdote, después de haber completado la expiación en el Lugar Santísimo, volvía a aparecer ante el pueblo expectante en el Santuario Terrenal y después en el Templo de Jerusalem, de la misma manera aparecerá nuestro Señor

Jesucristo al final de los tiempos para reinar por los siglos de los siglos sobre aquellos que le esperamos:

Hebreos 9:27-28: “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.”

Apocalipsis 22:20-21: “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.”

CONCLUSIÓN:

El testimonio de las Sagradas Escrituras señala siempre a la necesidad de un intermediario para el culto divino. De ahí que en el Antiguo Testamento veamos el culto a Dios siempre en torno a los sacerdotes levíticos. Y de ahí también que después de la remoción de todas las cosas viejas, en el Nuevo Pacto en la sangre, es decir, en la vida de Jesucristo, el culto a Dios pase igualmente por el oficio de un sacerdote: Jesucristo resucitado y glorificado en el Santuario Celestial:

Hebreos 2:14-18: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él (Jesús) también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.”

Efesios 2:13, 17-18: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo... Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.”

El culto de la Iglesia a Dios nuestro Señor jamás llegaría a las Alturas de no haber sido por la encarnación del Verbo en Jesucristo, el sacrificio de Jesús en la Cruz del Gólgota, su resurrección de entre los muertos, su ascensión gloriosa al seno del Padre y su sacerdocio en el Santuario Celestial intercediendo por nosotros. No media por los suyos con sus méritos en la Cruz solamente, sino también por su abogacía ante el Trono de la Majestad. Por el Espíritu Santo nos acercamos al Padre mediante el continuo sacerdocio de nuestro Salvador, hecho sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Desde los días en que David introdujo el Tabernáculo en Jerusalem, el pueblo dirigió allí sus plegarias en la esperanza de que llegaran hasta el corazón de Dios. De ahí que incluso cuando el Templo fue destruido y abandonado, y cesaron los sacrificios rituales, durante el exilio del pueblo de Israel en Babilonia, las oraciones de los hebreos se dirigían en la Diáspora hacia Jerusalem. Así había sido profetizado por el propio Salomón en su plegaria a Dios en el día de la inauguración del Templo:

1º Reyes 8:37-40: “Si en la tierra hubiere hambre, pestilencia, tizoncillo añublo, langosta o pulgón; si sus enemigos los sitiaren en la tierra en donde habiten; cualquier plaga o enfermedad que sea; toda oración y toda súplica que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cuando cualquiera sintiere la plaga en su corazón, y extendiere sus manos a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón tú conoces (porque sólo tú conoces el corazón de

todos los hijos de los hombres) para que te teman todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres.”

Aquí podemos ver también que las bendiciones no quedaban circunscritas exclusivamente a los naturales de entre los hebreos, sino que los extranjeros, prefigurando a todos los gentiles, estaban comprendidos en las promesas:

1º Reyes 8:41-43: “Asimismo el extranjero, que no es de tu pueblo Israel, que viniere de lejanas tierras a causa de tu nombre (pues oirán de tu gran nombre, de tu mano fuerte y de tu brazo extendido), y viniere a orar a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué.”

Daniel, estando en el exilio, dirige sus oraciones hacia Jerusalem:

Daniel 6:10: “Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado (por el cual todo hombre que adorare a cualquier dios u hombre fuera del rey Darío), entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalem, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes.”

Los “*montes santos*” de la Cristiandad, sus “*vaticanos*” grandes y pequeños, han contribuido tristemente a que la mayoría de los cristianos hayan olvidado, si es que alguna vez han sido instruidos al respecto, que del mismo modo que hubo en el pasado un Santuario Terrenal y un Tabernáculo hecho de manos humanas, hoy, por el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, hay una sede en los Cielos hacia donde han de ser dirigidas nuestras plegarias y oraciones. Ese lugar es el Monte Sión de los Cielos, el Santuario Celestial en la Nueva Jerusalem, donde los ángeles adoran al Señor y cumplen las misiones que el Eterno les asigna:

Hebreos 12:18-24: “Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.”

Tanta importancia tiene la realidad del Santuario Celestial en el Tabernáculo en las Alturas, que la Jerusalem de arriba, la celestial, donde está el verdadero Monte Sión, del cual el terrenal es igualmente figura y sombra, que el apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Galacia, les dice así:

Gálatas 4:22-31: “Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalem actual, pues ésta, con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalem de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: ‘Regójate, oh estéril, tú que no das a luz; prorrumpes en júbilo y clamas, tú que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido’. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.”

La Jerusalem Celestial, llamada también “*Nueva*” y “*de arriba*”, es el lugar donde el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo intercede por nosotros y abre los sellos y aplica la

redención mediante su sangre derramada como Siervo Sufriente, hasta el día de su Segunda Venida en poder y gran gloria como Mesías Triunfante.

Así, en su función sacerdotal, es como se le concede a Juan recibir la visión de Apocalipsis, y ante la gloria del Señor cae a sus pies como muerto. Nosotros sentimos lo mismo cuando vamos a las Sagradas Escrituras y allí se nos presenta Jesucristo el Señor como León de Judá en medio del Trono, glorificado y triunfante, mientras los ángeles cantan:

Apocalipsis 4:11: “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.”

Apocalipsis 5:14: “Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.”

El culto en el Santuario Terrenal estaba formado por muchos símbolos hermosos que hacían referencia al verdadero Santuario y al culto en los Cielos. Aquel esplendor no era comparable al de las realidades mismas que Juan contempló, y todos los redimidos de todos los tiempos podremos vislumbrar un día.

Cuando el sacerdocio levítico-aarónico fue reemplazado por el sacerdocio de Jesucristo resucitado y glorificado en el Santuario Celestial, muchas cosas ya dejaron de ser en cuanto a las formas del culto antiguo en la tierra, tales como los sacrificios de animales, las vestiduras sacerdotales, la quema del incienso, los utensilios y demás ornamentos de oro, etc. Pero los elementos sustanciales del culto a Dios continúan en el Nuevo Pacto en la sangre de Cristo.

La Iglesia del Señor sigue orando y alabando al Bendito. La Palabra de Dios continúa ocupando el lugar prominente en medio del pueblo de Dios. Y la sustancia por excelencia, nuestro Redentor, está presente hoy en el glorioso Santuario, desde donde nos capacita por la bendita Persona del Espíritu Santo para llevar adelante el ministerio que nos ha sido encomendado. Así lo expresa el apóstol Pablo en **2ª Corintios 3:5-11**:

“No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica. Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedra fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu? Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece.”

Otro gran distintivo entre el culto del Antiguo Pacto y nuestro culto neotestamentario es el acceso a la presencia de Dios. Los fieles del pueblo del Señor bajo la Vieja Alianza tenían que tratar con altares, tabernáculos, velos y sacrificios de víctimas propiciatorias, figuras y sombras de las realidades divinas.

Nosotros no solemos percatarnos de que en nuestro caso tenemos un acceso directo e inmediato al Señor mediante el sacerdocio de Jesucristo en el Santuario Celestial. No tratamos con los símbolos sino con las realidades mismas a través de la bendita Persona del Espíritu Santo.

Ese acceso a la presencia de Dios es una bendición que Jesucristo nos ha comprado al precio de su sangre en la Cruz del Calvario y su presencia ante el Trono de la Majestad en las Alturas. Nuestra participación no está ligada a los símbolos, a los modelos, sino a las realidades mismas, infinitamente superiores.

Ahora bien, no debe sorprendernos que muchos cristianos no sean conscientes de estas bendiciones, y que la realidad del sacerdocio actual de Jesucristo en el Santuario Celestial sea algo desconocido para ellos. También en los primeros días de la Iglesia ocurrió algo parecido.

De ahí que los primeros discípulos, como testifica el propio Nuevo Testamento, estuvieran todavía muy estrechamente vinculados al Templo de Jerusalem. Tardaron tiempo en comprender la superioridad del ministerio de Cristo Jesús en el Santuario Celestial.

Demos gracias al Señor por su ministerio sacerdotal del orden de Melquisedec. Su labor no terminó en la Cruz, sino que ha ido más allá incluso de su resurrección gloriosa de entre los muertos. Ahora intercede por nosotros en el verdadero Tabernáculo que levantó Dios y no las manos del hombre. Y lo que es más maravilloso: Él es nuestro precursor ante la gloria y la magnificencia divinas. Esa es su actual labor de preparación de un lugar para los suyos, según nos prometió. Así podemos acercarnos al significado y el alcance de las palabras del apóstol Pablo a los cristianos de Éfeso:

Efesios 2:4-10: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Amén.

J.Y.

BIBLIOGRAFÍA:

De Aquino, Tomás, *“Summa Theologica of St. Thomas Aquinas”*, Ave Maria Press, Notre Dame, In., USA, 1948.

Filón de Alejandría, *“De Specialibus Legibus”*, Loeb Classical Library, Filón, vol. 7.

Holbrook B., Frank, *“The Atoning Priesthood of Jesús Christ”*, Berreen Spring, Mi., USA, 1996.

Yebra, Joaquín, *“La Esperanza Bienaventurada”*, Sección Publicaciones, www.ebenezer-es.org

Cantera Burgos, Francisco e Iglesias González, Manuel, *“Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego”*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, España, 1989.

Green, Jay P., Editor, *“Pocket Interlinear New Testament”*, Associated Publishers & Authors, Inc., Lafayette, In., USA, 1981.

Ortiz V., Pedro, *“Léxico Hebreo-Español y Arameo-Español”*, Sociedad Bíblica, Madrid, España, 1997.

Ortiz V., Pedro, *“Concordancia Manual y Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento”*, Sociedad Bíblica, Madrid, España, 1997.

Wycliffe Bible Encyclopedia, Moody Press, Chicago, Il., USA, 1975.

“Santa Biblia Reina-Valera-1960”, Sociedades Bíblicas Unidas.